Mikel Urtasun

Poemarios 2018-21



Ilustración de portada: David Álvaro Martín

Un Tigre de Siberia

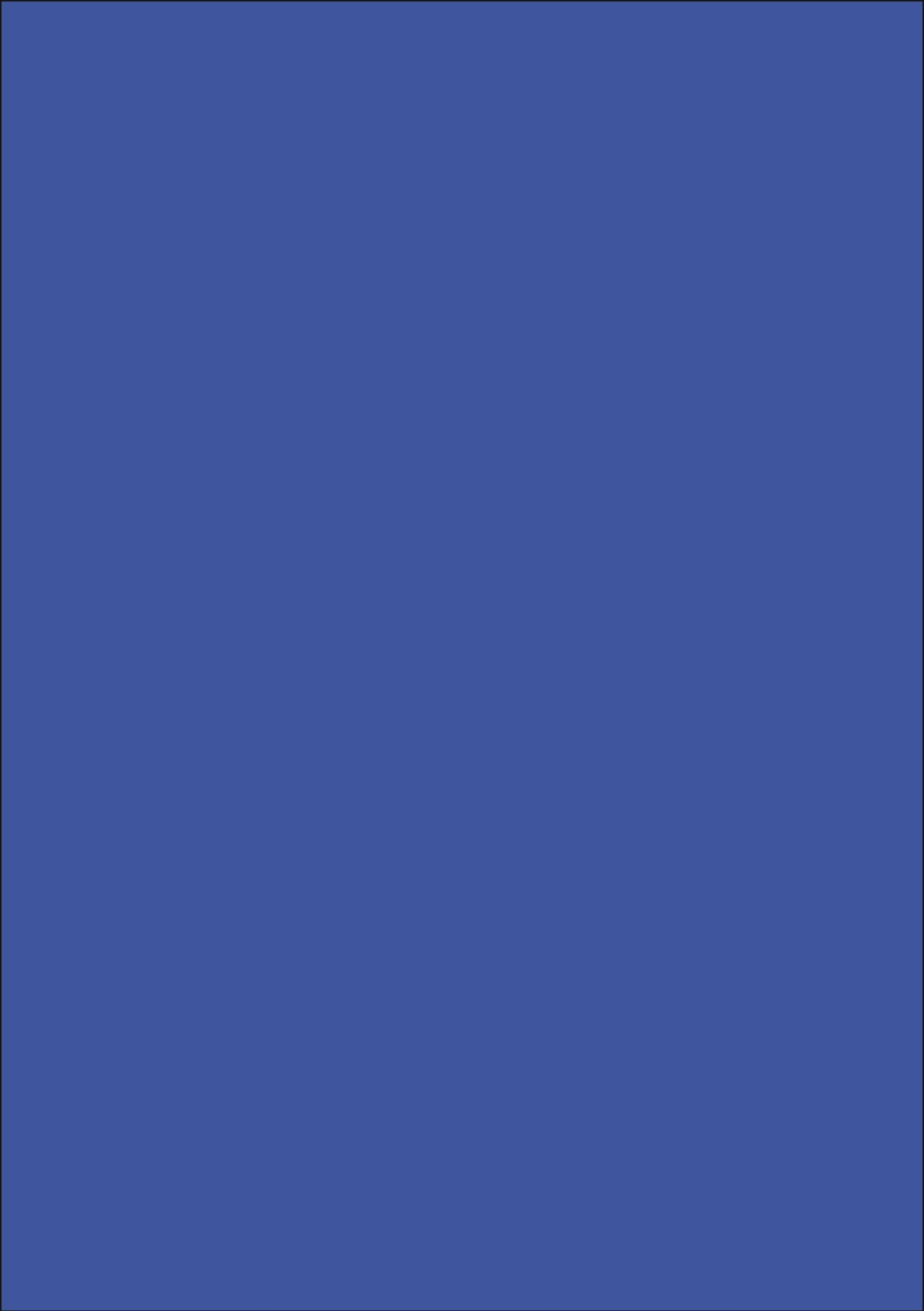
Poemas de

Mikel Urtasun



tinapaterson

2018



Un Tigre de Siberia

Poemas de

Mikel Urtasun

Ilustraciones y edición

Tina Paterson

Madrid Taipei

2018

"A las mujeres que forjaron mi desastrado corazón,
en especial a La gitana.
Y también a ti, Tina. con todo mi amor."

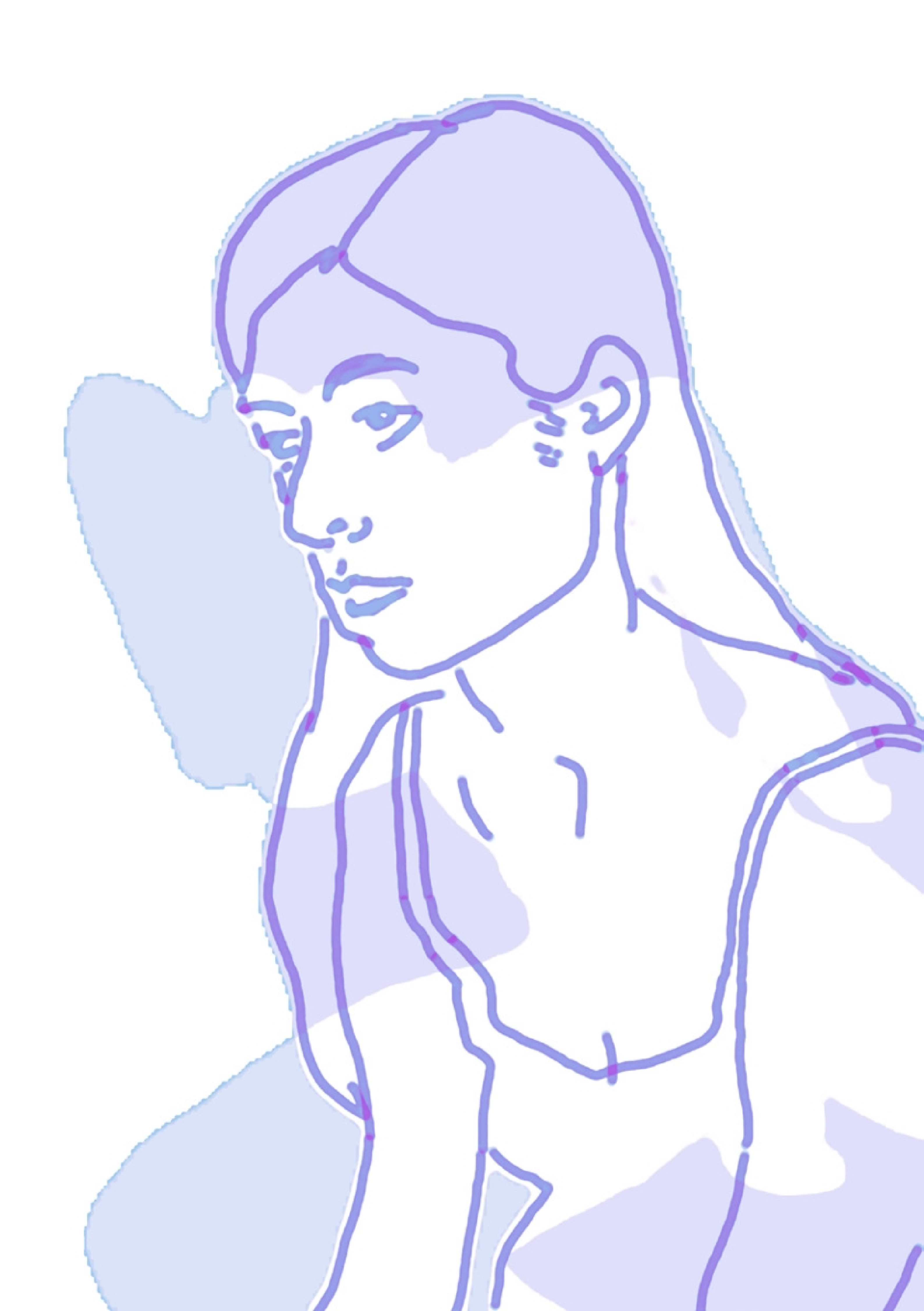
LA VAGUADA

Hoy es viernes y he quedado a las siete.
Óscar lleva su gorra azul.
Sobre ella reluce
su meticulosamente ordenada colección de pins.
Pelirrojizo, pelusilla en la cara,
desordenados dientes y enormes ojos vidriosos.

El Aceituno en chandal, como no.
Cabeza ovalada, rizos rubios, piel grasa.
Aceituno digamos.
En nuestro curso la toman con él.
Y no pasa un día
en que no reciba colleja por saludo.
Pobrecillo.
Tengo su imágen, ya en el último curso,
con el brazo escayolado,
haciendo un molinete contínuo,
esquivando puñetazos y bofetadas.

La Vaguada es el sitio idóneo para ligar.
Es importante ir bien preparados.
De los cines a la bolera
hay un paseo al aire libre.
Modernos faroles, jardineras,
telas y formas que recuerdan a un navío.
En sus bancadas de losa se reúnen
preciosas niñas de mirada insolente
que cuchichean y ríen,
inalcanzables.

Nunca hablamos con ellas.
Ni siquiera para pedirles la hora.
¿Y qué vamos a decir?
"¿Eres una niña muy bonita,
quieres ser mi novia
y enseñarme a besar,
aunque a tu lado
no sea yo más que una mierda pinchada en un palo?"
No. No hablamos con ellas.
Nos da vergüenza.
Y no creo que ellas quieran
hablar con nosotros.



¶

Un día le oí decir a La Bartola,
que lo dijo para que yo lo oyera:
"le quedan bien los granos de la cara"
y entonces mis granos, simplemente,
se secaron.

EL CULO DE SANDRA

Infernal patio encementado.
Aquí sólo quedamos, bajo el sol,
un puñado de miserables
cuyos padres no tienen para pagar
el viaje de fin de curso.
Siento un poco de pena de mí mismo,
aunque también comprendo.

En esta vida no se puede tener todo.

Sandra, por ejemplo,
nunca me había fijado en ella,
pero tiene un culo hermoso
que luce con un ceñido pantalón vaquero.
Tiene también una melena
oscura, larga y ondulada
y una bonita sonrisa.

Vamos haciéndole un cerco.
Como lobos a un corderillo.
Y la vamos pegando,
a palmada abierta,
en el trasero.

Noto todo su peso,
su agradable movimiento.

Ella se ríe
trata de esquivarnos.

Pero no se va.

Todos reímos en un baile improvisado.

Ya sale el profe,
balón en las manos.

Que le den al cole.

Que le den al viaje.

UN CANGREJO EN EL ASCENSOR

Llegamos a nuestro piso
pero no quieres que bajemos.
Das al cero y el ascensor
vuelve a descender.

“Tengo que hablarte de algo importante”.

Tu mirada atravesada en el suelo,
tu profunda y ruborizada concentración,
un enorme cangrejo que se hincha.
Sospecho, por la densidad de tu semblante,
que no olvidaré esta charla.

“Pronto ocurrirán algunos cambios en tu cuerpo”
-dices al fin, y entonces comprendo
la inabarcable escena.

Hemos llegado otra vez al bajo,
vuelves a darle al dieciséis,
muchos pisos todavía,
para lo que no quieres decir
ni quiero yo escuchar
(de todos modos,
llegas bien tarde).

"Lo he visto en la tele, aita"
improviso la mejor de mis sonrisas.

No hay razón para torturarnos.

¶

Calor.

La tarde deja caer por la ventana
los últimos rayos de luz.
Estoy tumbado, cubierto sólo con una sábana.
El verano me recorre todo el cuerpo.

Ardo.

Me pica la entrepierna
y no encuentro una postura cómoda.
Totalmente sudado.

Ainhoa se ha ido a pasar el día a Francia
y llevo toda la tarde pensando en ella.
Su madre le trenza el pelo rubio con mucha gracia.
Canta a dúo con su prima un montón de canciones vascas
y baila que parece que no toque el suelo.

Froto con mis muslos la quemazón.
Me gusta, me reconforta.

Y este calor que dan ganas de tirarse al río helado.

Ainhoa nos lee, bajo el espino albar,
ese libro del gato negro, que de noche
se hace gigante y escapa en busca de sangre.
Todos nos tumbamos, y yo recuesto mi cabeza en sus pier-
nas.

Tiene un fino vello de oro y unos ojos verdes río.

De pronto, mi cuerpo se sacude involuntario.
Siento que una bandada de gorriones
se ha liberado de mis entrañas.

Ahora me encuentro mejor.
Mi cuerpo respira por todos su poros.
Me adormezco...

Mañana iré a buscarla tan pronto me levante.

Pero, ¡ay!, ¿qué es esto? ¡Estoy mojado!
No es pis, ni tampoco sudor...
Es algo extraño, algo pegajoso
que me ha salido del pene.
Quizá estoy enfermo.

Quedan pocos días ya para mi noveno cumpleaños.
Y quizá tengo una enfermedad,
aunque, la verdad, que me parece
una maravilla de enfermedad.

YA SÓLO QUEDAN TRES

Aprieto con toda mi fuerza su brazo,
él es un hombre grande,
y no pierde la firmeza de su gesto decidido.

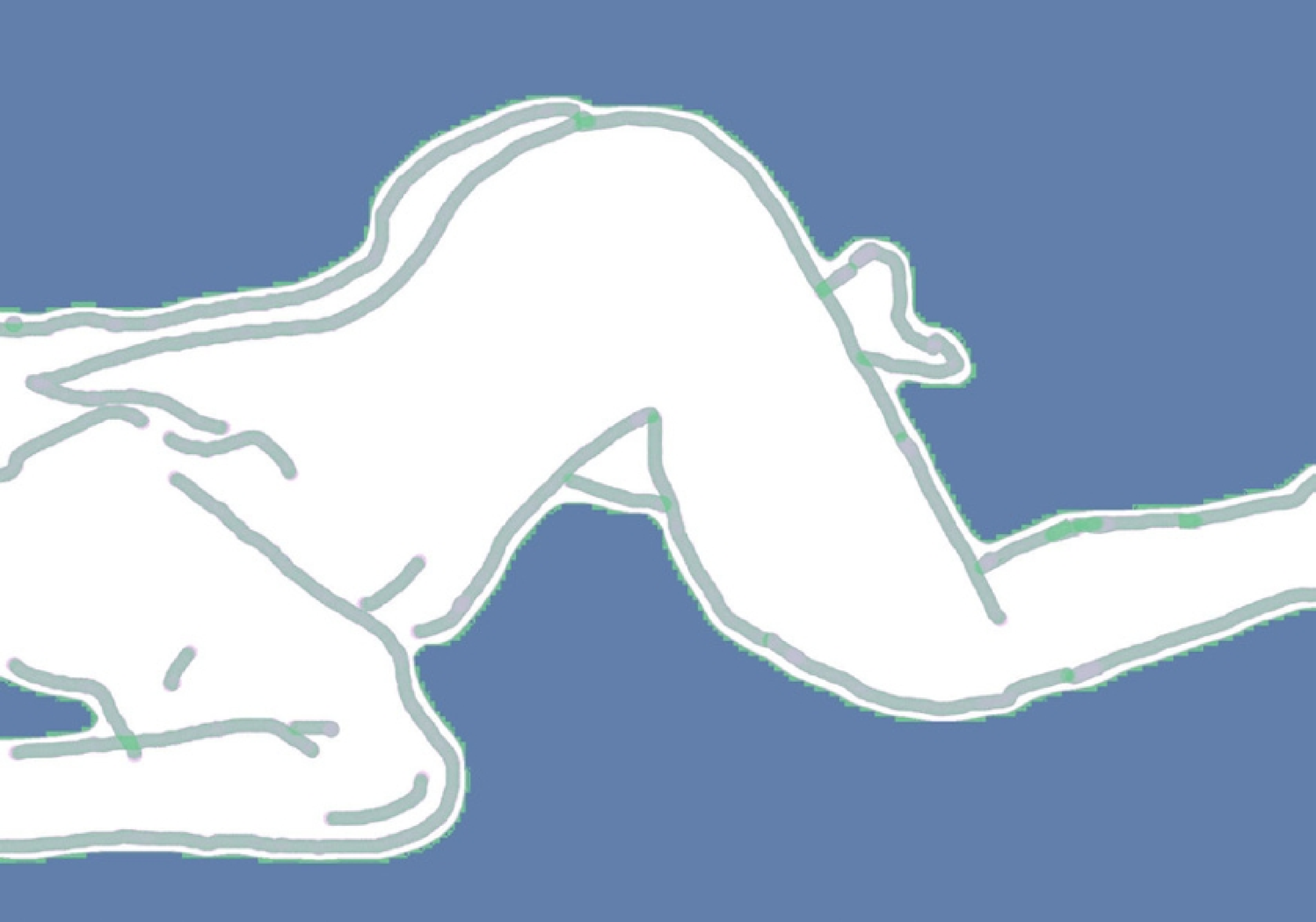
Los pantalones bajados,
el pene al aire,
corona morada en el orificio.

Dolor sordo.
El grito no cabe.

Aprieto desesperadamente.

Soy virgen y no me creyó,
siguió preguntando.
Hasta que le hablé de mis tortugas.

A traición, se ha vuelto mostrándome una aguja,
algodón en el extremo,
de un tamaño que no pensé que me cupiera.



¿Qué habrá pensado de las tortugas?
¿Será cretino!
Ni siquiera sabía antes de venir
que podía dejar el prepucio al descubierto.
Y este desconocido señor
me ensarta como leona hambrienta
mientras con estupor contemplo
que aún estoy vivo.

Poseído, oigo cómo se me rasga el alma.

Ya sólo quedan tres
me dice, sin mirarme siquiera a la cara,
mientras nos soltamos.

Quizá le he hecho daño en el brazo.
Debo disculparme.

¶

Un día mi médico de cabecera dijo, como pensando en alto,
que el sexo
era delicado y que era mejor evitar el jabón. Otro día decidí
que era
mejor evitar ir al médico.

PRECIOSO AMANECER

Tumefacto. Emponzoñado de tu eco
quisiera haberte dicho:
tu palabra paisaje transparente,
tu gesto terciopelo,
tu mirada de abubilla
que me crespa.
Pero brotó de la hierba un ejército de grillos.
Escalaron mi cuerpo, correosos,
y me apretaron fuerte el gaznate.

Y tú cabizbaja, sin comprender nada.

Quise entregarte mi tesoro más íntimo
de besos, sueños y poemas.
Pero se me fundió en las manos,
deshaciendo mi pellejo,
quemándome en carne viva.
Así que lo tiré lejos, en la espesura.

Quise sacarte a bailar en fiestas,
que venías vestida tan preciosa,
de luz violácea y malva difusa,
lechetrenza, endrina y organillo.
Me soñaba prendida tu impetuosa curvatura

que me retiene, con ese vaivén
en que conversan tu cadera y la mía,
tus ojos indicando el camino más breve
a la cara carne de tus labios.

Pero me escondí en un pliegue
donde me devoraron las entrañas
desahuciados canes sarnosos.

Y así
te vi con ese otro.

He llorado tanto por tí!
Tanto, tanto, tanto, tanto,
que por verguenza he colocado
en el desván de mi casa un raído colchón.
Aquí me desoyo, a sol y luna,
la patata. Y he revivido,
como en películas muy gastadas,
todos nuestros futuros pasados.
Ciudadela de hojas y sal
levantada sobre nieve nimia.
En sus callejas corretean con sus juegos
nuestros siete hijos no natos.

He vaciado mi vaso hueco de polvo,
acallado mi solo silencio.

Fuego secreto que se transmuta
en pirómano de mí mismo.

Me he mostrado, con todo lujo de detalle,
las mil caras de mi angustia, una a una,
para mi contemplación y padecimiento.
He escogido para todas ellas un nombre propio
y estoy clavándoles en el esternón cristales oscuros
para ver su sangre brotar a borbotones de mi pecho.

De nada ha servido saber que preguntaste por mí.

Pero ay!, mi amada amiga,
que esta tarde longeva escuché
en mi interior tan manido y gastado,
la última cuerda, la cuerda más grave.
Ha resonado, como bramido oneroso y seco,
retumbando los cimientos de mi templo maldecido!
Y cuando no era yo casi ni aliento
que se despedían ya desde esta tierra odiosa
agitando sus manos de hueso, cadáveres de monos,
el dolor, simplemente, se ha ido.

Se ha apagado, como de repente,
como una vela consumida.

Y aquí estoy, perplejo de este cuerpo
que dice ser yo, de esta voz que hablo,
de estos oídos que me escuchan hablar,
de estos ojos tras los cuales me veo hablando.

Y me sumerjo,
como glaciar bajo el sol de agosto,
en el amor universal,
en un amor incondicional,
absoluto,
más allá de mí,
y de tí,
más allá del mundo.

Y presencio, con lágrimas nuevas, la maravilla de la vida.

Alabada seas, mi hermana,
que me empujaste sin querer
a esta cueva lúgubre y espinosa
que revela que tras la noche más ciega
existe siempre un amanecer precioso.





EL ALTILLO

Enroscados sobre este colchón.
Mi cabeza reclinada en tu suave vientre
bajo tus pechos.
Tus piernas que me agarran.
Tu respiración calma.
Calor húmedo.

En este altillo tengo todo cuanto poseo,
madriguera en esta amplia habitación vacía.
Por su tragaluz asoma la noche oscura
y el vocerío de la calle.

Tus desgastados zapatos de cuero rojo,
tus medias rotas, tu ropa interior de niña.
Parece que siempre has estado aquí, conmigo.

Algunos pistachos, un par de manzanas rojas,
bien rollizas, a pesar de picadas.
Una jarra de agua
y enormes cirios que narran historias viejas
sobre los muros desnudos.

No voy a decirte que es mi primera vez.
No me creerías.

Y mis dedos te han hablado ya de mis buenas intenciones.

Perdido en la generosidad de tus formas
te encuentro y juntos, de la mano,
encontramos sendas misteriosas
y escondrijos preferidos y mágicos.

La noche en que te conocí
tú girabas a mi alrededor, susurrando
no sé qué excusas por las que no dormiríamos juntos.
A través de tu fina blusa
tus pezones me iban rozando
delicados, dibujando sin querer
tu invisible cadena de amor.

YA NO

Ya no paso por aquel camino
cuyo atajo te enseñara.
Allí te besé en los labios,
allí te quité las bragas.

Ya no duermo en esas ruinas
cuyas vistas te mostrara.
Allí te subí el vestido,
allí la noche espiaba.

Ya no pateo esas calles
donde historias te contara.
Allí te cerré yo el paso
allí te comí la cara.

Un tigre de Siberia cruza mi corazón,
y revolotean, en tus párpados,
polillas pardas.

Dime mi amor,
si mi corazón quiere a otra,
¿qué puedo hacer yo?

UN SUSPIRO QUE ES TUYO

Tengo un suspiro que es tuyo,
que te lo has dejado.
Lo voy a plantar en un tiesto
y lo regaré sólo con vértices.
Cuando me dé sus frutos haré mermelada,
y se la daré de comer
a los buitres.

Te tumbas en la cuesta, sobre mi abrigo.
Te agarro de los pantalones, y te los quito
como puedo, ¡ojalá pudiera arrancártelos!
Hace rato que no oculto mi dureza.
Quiero repicar pronto en tu yunque meloso.

Qué agradable esta brisa sobre la piel caliente!

Sólo te gusta así, de este modo exacto.
Un ritual preciso. Una oración concreta. Una letanía.

Tu cuerpo se desploma sobre mí,
justo a tiempo de volver a empujarte.
te atizo fuerte,
tu envuelves y me arrastras.

Nos sorprenderemos, al romper el día,
sobre verde hierba fosforita,
rodeados de enormes toros oscuros.

¡Así no puedo concentrarme!
No conseguiré ponerme esta piel plástica
si no dejas de frotar tu vulva con mi rodilla.

Voy a llevarme esta cuesta conmigo.

Muérdeme tú con más cuidado!
Luego la gente pregunta y nadie cree realmente
que yo sea tan patosa y desmedida.

Subamos esta pared de pizarra maciza.
La decoran, con sus danzas, coloridos escaladores.
Cuando lleguemos a la cima
volaremos juntos como golondrinas hasta la ciudad.
Y desde las azoteas de los edificios más altos
escupiremos, a ver quién da a más coches.

¶

Se que he roto en pedazos
tu vasijita de barro.
Era simple, era tosca.
En ella bebías tu agua limpia.

Me la diste. Yo no te la pedí.
Era bonita. Era práctica.
Se me escurrió sin querer de las manos.

¡Ojalá tuviera con qué pegarla!
Pero cuanto más la toco,
más se descompone y deshace.

SUEÑOS

Ven, gitana,
mi amor,
siéntate encima de mí
que anhelo el calor que encuentro
bajo ese jersey
de tupida lana amarilla.
Deja que mi manos surquen
despacito
en busca de tus pechos limoneros.

Mi amor,
la otra noche soñé que no me querías.
Que eras en verdad
una ladrona.
Entrabas sigilosa donde yo dormía
y de todo me despojabas.
Yo despertaba tembloroso
sobre la baldosa helada,
dos manantiales brotaban de mis lagrimales.
Nada de lo mío importaba,
sólo perderte.

Amor,
mi reina gitana,
tú eres para mí lo único que significa,
la última tierra fértil para estas manos
que quieren sembrarte de amor.
Tus palabras, tu risa,
toda la canción que conozco.
Deja que te apriete contra mí
y hunda mi cara en tu espalda.
Así querría quedarme, por siempre,
hasta que nos secáramos lo dos
como uvas pasas.

Amor mío,
otra noche soñé
que un gitano te llevaba
a las cuevas del Sacromonte.
Yo iba en tu busca, desesperado,
urgiendo y amenazando.
Al fin di con tu cueva,
y no había nadie
pero tampoco ví signo ninguno de violencia.
Olor a lumbre que se apaga,
a tomillo y a monda de naranja.
Y sobre la cama extendida
tu mantilla, bien colocada.



Ven,
vamos ya a la alcoba.
Perdona estas tonterías que te digo.
Túmbate.
Deja que yo te desvista
como el regalo de los dioses que eres.
Relájate, ponte cómoda.
El olor de tu cuerpo me penetra
hasta colmar de dulzura
mi pituitaria.
Deja que toque
suave,
caricias leves,
besos diminutos,
tu cuerpo delgado y moreno.

Dime, amada mía, qué deseas que haga.

Mi gitanita.
Mi vida.
Que tejes coplas con mis lágrimas y suspiros.
Que entraste desnuda
en mi ermita vacía
y tañiste fuerte su campana rota,
que aún resuena por los valles y barrancos.
Cuando mi sombra te cubre
aún puedo ver,
en el fondo de tu estanque musgoso,
tritones que brillan a luna plena.

Aún tuve, mi amor
un peor sueño,
del que desperté empapado.
Tú y yo éramos hermanos siameses
unidos en un mismo cuerpo.
Pero tú,
mi preciosa reina,
tú estabas muerta.
Y yo, enloquecido,
balbuceaba incoherente
y profería gritos inconexos,
arrastrándote torpe
sin rumbo,
por caminos desconocidos
y desiertos.

Amor, apriétame fuerte contra tí,
no dejes que me devore
el pánico a un día nuevo sin tí.
Bésame
con esos labios que me curan.
Mi preciosa niña morena.
Tu sonrisa y tu mirada
me atraviesan el espinazo
y reposan luego
sobre mi pecho que se hincha de tí.

Acarícíame el pelo
y el lóbulo de la oreja
mientras lamo tu chacra de tierra
como si fuera un caramelo de fresa.
Dime esas cosas que me sonrojan.
Deja que levante el fino vello de tus nalgas
con mis labios
mientras me golpeteas suave
con el tobillo
los genitales.

Mi amor. Mi sueño.
Si tú no fueras
sino una estatua de piedra caliza
cincelada a fuerza de mis deseos y anhelos,
y permanecieras oculta, olvidada hace ya décadas,
en alguna cuadra mugrienta y ruinosa
de algún pueblo perdido de la meseta,
entre enseres obsoletos y telaraña,
y fuera yo un pobre anciano solitario
abandonado en un frío geriátrico,
que pasa sus días frente al ventanal
en silencio
buscando en el horizonte reflejos del pasado,
aún escucharía, amor mío,
en la penumbra de mi vida,
como aullidos lejanos,
tu risa
y tu jadeo.

Un Tigre de Siberia

Poemas de **Mikel Urtasun**
Ilustraciones y edición **Tina Paterson**

Madrid / Taipei
2018



TAMBORES DE GUERRA

Poemas de Mikel Urtasun



TAMBORES DE GUERRA

Poemas de Mikel Urtasun

Edición de Tina Paterson

Retiro
Como escarabajos peloteros
Tambores de guerra
Volveos a casa
Directa a la cama
Días sin poema
Caminemos juntos
Un poema perfecto
Enjundia
Siemprevivas
La mañana

En ocasiones
mi cerebro se seca
como un río pantanoso
al que se priva de agua.

RETIRO

Me encerré en mi habitación
dispuesta a encontrarme, cara a cara,
con mi angustia.

Quise hacerle una encerrona,
quise atacarla de frente, a machete,
para asestarle un golpe definitivo.

Pero la muy puta no se dejó agarrar.
Me llevó tras de sí, por este desarrapado
atolladero en que me encuentro
ya desde hace demasiados días
-por no decir meses o años-,
abriéndose caminos nuevos,
retorcidos, laberínticos,
tomando atajos sibilinos.

Y me deja
poco a poco
otra vez sola
en la opaca oscuridad de su sombra.
Y me veo abocada al repliegue,
rindiéndome una vez más
-aunque rechinen mis dientes-
a las distracciones más vacuas,
a las rutinas más tontas,
a los vicios oscuros,
al más humillante
de los fracasos.

Entonces me viene en mente aquella enseñanza:
“quien abre sus ojos para ver,
ve”.

Y me sonrío.

COMO ESCARABAJOS PELOTEROS

Como escarabajos peloteros
de verdosa espalda relucientes
que arrastran constantemente
sus riquezas consigo
entre tallos, raíces y barros.
Riquezas varias apelmazadas
cuidadosa, laboriosamente,
rescatadas de los entresijos
de enormes estercoleras,
confundido sudor y llanto.

Como escarabajos peloteros,
así vamos todos
por esta vida pasajera:
obstinados, muy muy afanados,
volteando una y otra vez
nuestra gorda pelota, contentos,
imaginando el día en que al fin
podremos atiborrarnos de ella
tan, tan merecidamente,
hasta quedar extasiados.

De momento, solo tomamos
un pequeño pellizco, una miaja,
solo lo estrictamente necesario
para que nuestras patas resistan
el frenético ejercicio diario.

Como escarabajos peloteros,
graciosos, sufridos, ingenuos,
a los que una tormenta repentina
arrebata todo lo acumulado,
o a los que un gran pájaro negro atrapa
un día,
un día como otro cualquiera,
dejando una gran pelota
al siguiente escarabajo
de regalo.

TAMBORES DE GUERRA

Tam tam tam
tantas palabras, tantas,
dichas a deshora.
Tam tam tam
tantos silencios, tantos,
tan a punto de romperse.

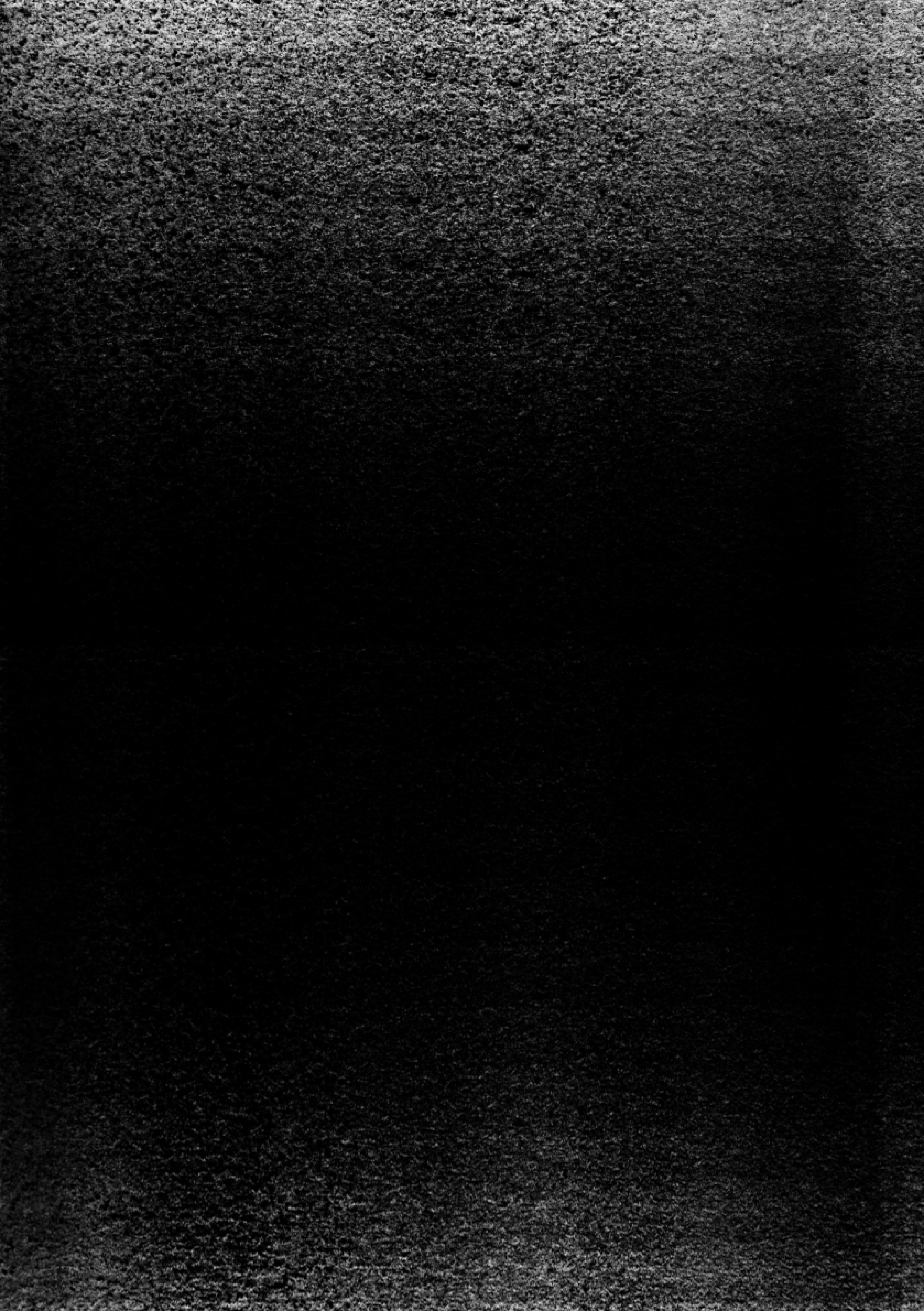
Me repliego, como caléndula ante el frío de la noche,
a tararearle alguna nana a mi páncreas cansado y maltrecho.

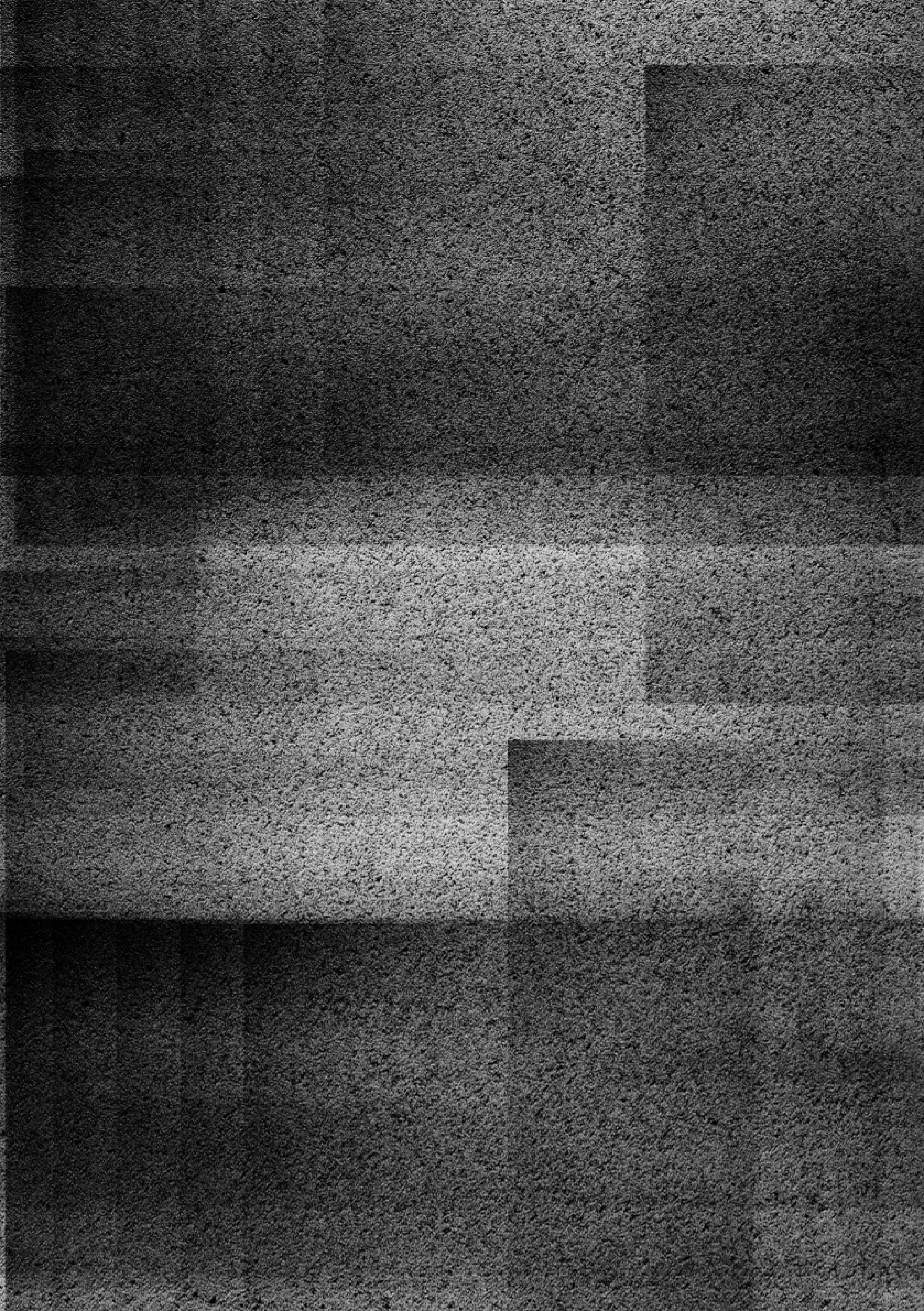
Y quiero parar, lo juro.
Parar el tiempo y tomar un poco de aliento…
Pero crece un bosque tropical en mis sobacos,
poblado por aguerridos jibarianos que salen de caza
mimetizados con la atardecida,
cuando los pecaríes bajan a refrescarse
tranquilamente en los ríos.

Y quiero entender.
Abrir mi cabeza a la altura de los ojos como a un coco
para poder mirar adentro.
Pero ahí están los jíbaros celebrando
sus ritos y cantos alrededor de la hoguera,
con sus palmas de chonta,
danzando para Uwi, danzándole a la vida
y a la muerte.

Y me hipnotizan sus voces.
Me embrujan sus sombras.
Y danzan mis pesadillas, danzan,
danzan con nosotros
al tañido de los tambores de guerra.
Danzan desencajadas,
con los ojos desorbitados.
Y se suda.
Sudamos y danzamos todos
una danza desenfrenada.
Hasta que caigo al suelo polvoriento y firme.
Caigo dormido.
Exhausto. Casi muerto.

Al alba,
cuando el sol comienza a calentar los cuerpos,
me despiertan sus susurros, sus conversaciones.
Los jóvenes comentan sus fracasos y conquistas
en la caza y en el amor.
Los viejos les enseñan las constelaciones en sus arrugas
y el poder oculto en sus cicatrices.





VOLVEOS A CASA

para R de ratona

Moras maduras transmutadas en ácidas drupas de acebo.
Demonios que me retenéis celosos vomitando espejos quebrados,
donde tengo mis zapatos?
Porqué mis vestiduras están tan rasgadas y estoy toda sucia?

En estas colinas persigo los umbríos ecos de mi voz
pero el viento ruge fiero. Alma cándida inventada y cantora,
colores en los dedos, sosiego en mis pasos
para todos los seres desconsolados. Acuchillaron
mi vientre cuando era mayo, sombras oscuras,
ebrias reían y en un campo yermo, lejos de mi casa,
un gato muerto arrojaron.
En el pastoso barro busco sin tregua
mi grito de furia y mi puñal de llanto.

Volveos a casa, volveos hermanos.
Mira que no os engañan vuestras ojeras ni vuestras canas.
De mi pecho mancillado nacerá una cierva que lamerá
todas las lágrimas, cuando por fin la haya engendrado.

Volveos a casa, volveos hermanos.

Mi hermoso jardín de rosales, de zarzas
se va poblando...
Por cada espina una blasfemia, por cada
blasfemia un hálito.
Antes de que os deis cuenta haré de
esas zarzas mi pasto.

Volveos a casa, volveos hermanos.

DIRECTA A LA CAMA

Se me cayó tu carta,
se me cayó.
Encallada habrá quedado en algún sitio,
lejos de mi regazo.

Creo que fue al entrar en el vagón.
Se me habrá escurrido del ebook,
donde la guardaba celosa
para que no se arrugara.

Quizá se lanzó al vacío,
agobiada por las palabras
densas y turbadas
que transportaba.

Ya ni siquiera recuerdo bien
lo que decía,
como creo así olvidar tu rostro
enseguida de que marches.

Acaso: amigo, amante bandido,
hay una mancha de carmín en la pared.
Y pienso en ti, y ando abotargada
camino del trabajo como una res
que se sabe conducida al matadero.

Y dos hombres maduros visten
como jovenzuelos:
quizá son vagabundos,
quizá sólo modernos.
Uno le dice al otro -grave-
algo así como:
"yo no se porqué estoy aquí".

Y aunque nadie en este vagón sepa siquiera
si es eso exactamente lo que ha dicho,
se hace un silencio afilado
que corta las gargantas.

Imagino tus muñecas finas,
tus nudillos salutadores.
Me parece que estás aquí mismo,
desnudándote aprisa,
de abrigos y ropas,
al entrar en este infierno
de calefacción centralizada,
ante el cual te declaras siempre
tan culpable.

O quizá decía: las palabras
que susurras en mi oído son
como las acrobacias kamikazes
de golondrinas presumidas
frente a los cristales.
No puedo
dejar de preguntarme
qué estarás haciendo.
Me lo pregunto constante,
incansablemente,
como si fueras un hijo
que tengo en el frente.

Y tanto me lo pregunto
que muchas veces olvido
qué diantres era
lo que buscaba yo aquí,
en esta habitación;
o lo que vine a comprar al mercado,
o en qué parada es
que debía haberme bajado...

Dos secretas en la esquina,
jóvenes impertinentes,
azuzan a un pobre yonki.
Solo alcanzo a escuchar
a uno de ellos: “te voy
a explicar una cosa,
porque creo que eres listo...”
El yonki lo mira
desde detrás de sus párpados
y luego mira al suelo...

Quizá allí el día es gris
y tu,
cocinas un rica sopa
de huevo y cilantro.
Con cariño,
lentamente,
con cuidado.
Quizá piensas
que te gustaría
que yo la probara.
Entre tanto yo,
aquí sentada,
por no cocinar
para mi sola
me iré
directita a la cama.

DÍAS SIN POEMA

Hay días que no tienen apenas poesía.
No es que esté muerta.
Es que está dormida, como cubierta
por una pesada nebulosa de pegatina.

Y aunque una se esfuerce en amar u odiar estos días,
da lo mismo,
no saca nada limpio, solo constante ruido gris.
Está una como cansada, parca en emociones.

Cansada del empeño en sacarle lustre a la existencia.

Las muchachas y los muchachos entregan sus almas
en las pequeñas pantallas de sus aparatos,
que les responden recordándoles una y otra vez
lo miserablemente solos que están.

La tele era al menos un dios familiar, un dios de casa…

Hundida en algún lugar de mi cuerpo,
sumergida en recuerdos entretejidos,
desmesurados, de algunos de los grandes
aconteceres de mi vida.
Las horas se expanden y amalgaman
con la mixtura de semblantes y reflejos,
apretando el aire, y en mi cabeza
florecen y florecen nuevos pensamientos
entrecruzados e irresolutos.

Qué desesperación más tonta!
Qué insensata pérdida de tiempo!
Tratar de darle un sentido serio a la vida…
La vida que no nos pertenece,
que es por completo ajena a nuestros sueños.
Esta vida descarada que no le importa un comino
lo que pensemos de ella!

CAMINEMOS JUNTOS

No abandone el tren hasta que se lo indiquen.
Es muy peligroso hacerlo de forma no controlada.

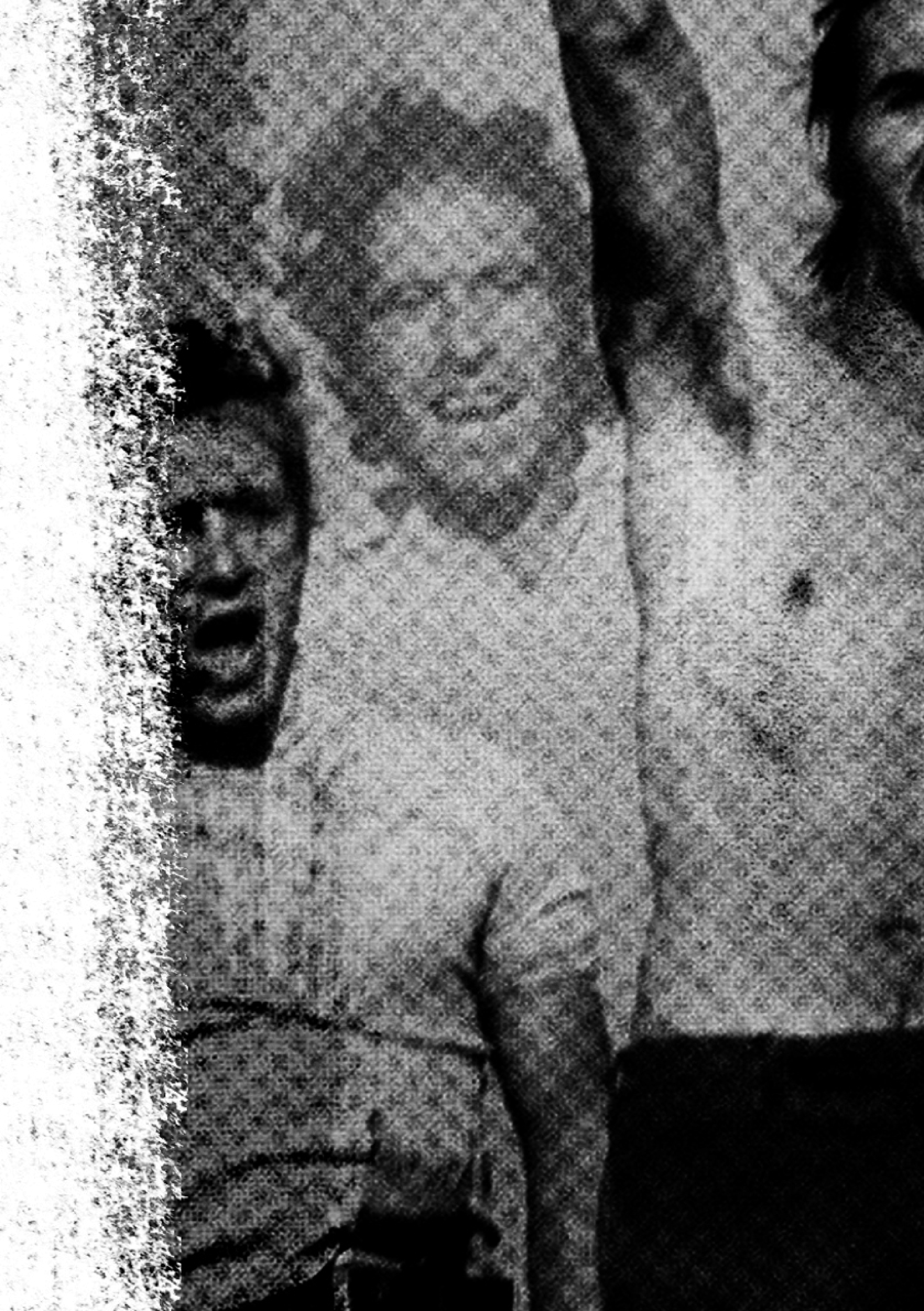
Vamos!! Caminemos juntos!!
Acompasadamente, como las notas de un canto coral!!

No se preocupen si se desconcentran, no es tan
tan importante tomar una buena posición
en los pocos metros que distan
desde la salida del vagón a las escaleras mecánicas.
Un despiste, un pequeño error,
y nos dará la espalda aquel que ocupa
el que hubiera sido nuestro lugar.
Ese otro que está donde está
porque fue más avispado que nosotros.

Aprovechen, coloquen la mano sobre su espalda,
denle unas palmaditas y sonríanle cuando se vuelva a mirarles.
Sonrían carajo!
Cualquier ocasión es buena para saludar
al que podría convertirse en buen amigo!

Recapaciten un poco, no actúen como autómatas.
Perciban el balanceo rítmico de las masas:
los espacios muertos, las miradas furtivas…
Sobre todo atiendan a aquellos meditabundos y lentos
obstáculos humanos
con que por fortuna se toparán tarde o temprano.
Mírenles fijamente a los ojos, estudien atentamente su iris.
Ya sean infantes o viejos, o vistan y se comporten extrafalaria-
mente,
de ningún modo los esquiven.

De seguro contienen muchas enseñanzas nuevas para usted.





ENJUNDIA

En juego entre el chisposo fino que apenas sujetas,
barca celeste batiéndose entre nubes de invierno,
y la superficie arenosa que vela los colores
de las piedras enfrascadas en tu bañera.
Entre las luces que nos electrocutan, de a poco,
suave y graciosamente en las noches de marte,
en que emprendemos en farándula excursiones sin rumbo,
y la soledad de los cuerpos que no se reconocen
pero se sostienen mutuamente en lechos lechosos.
Ahí es que habita ese suspiro quejumbroso
que hace de las vayas publicitarias puertas de salida.
La salida a un vacío armónico que todo acalla
dejando ansiadamente nuestros oídos disponibles.

Disponibles para el canto de lluvia sobre los sorportales.
Disponibles para el piar matutino en nuestros corazones,
Disponibles para el aromático crujido del reposado estar,
simple estar quedo de gárgola oscurecida.

Es entonces que se extiende sobre nosotras
esa tela de araña que brilla sobre el asfalto,
por encima de los coches y las farolas,
que atraviesa paredes y nos sacude simpática,
anunciándonos un chiste nuevo, una nueva caída
de una muda vieja que abandonamos sobre la acera
como un diario pasado
para que puedan alimentarse de ella los topos.

Los topos que nos rodean y nos miran ciegamente.
Los topos que son tan pisables y que, no obstante,
despiertan nuestro más maternal instinto,
de modo que dejamos que nos coman, además,
los pies y las piernas, a mordisquitos,
siempre y cuando lo hagan en nombre de la ignorancia.
No sea que nos defendamos como sabios
y desaparezcamos como estatuas de sal.

SIEMPREVIVAS

Siemprevivas,
como así estas heridas.

Todo este fango que trago,
lo arrastra el río desde lo lejano.

Los días.

Su significado ignoto.

La orbicular huella de mis pasos.

Agarradas de mis piernas
todas estas ramas muertas que tiró el aguacero.

Una voz en mi
dice “te odio”.
Lo dice con violencia
y mi corazón se encoge
que tengo luego que engatusarlo
para que salga de su escondite.

Niño que lloras sin consuelo,
sin que pueda abrazarte.
Me acompañas siempre fiel.
Esperabas ya en el día de mi nacimiento
a que te sacara de paseo.

Confío en que no cedan
estos puntales oxidados,

y sigan cayendo marchitas
las palabras amargas
clavadas de mis costillares.

Las noches.

Lo que pienso en ti por las noches
cuando la luna me despierta
con su luz ingrávida y deambulante.

Lo que pienso yo,
que no existo,
en tí que no existes.

La vida es un inmenso campo de adormideras
cuya brisa oculta el olor a orines
de nuestras manos, que escarban en la basura
buscando San Elmos de alabastro.

Sería una sorpresa comprobar
que donde acaba el mar
hay más mar todavía,
y después más,
y después más y más.

Entonces descubriríamos
que lo que ya no existe es tierra firme,
ni siquiera una triste rama de la que asirse.
Y nos preguntaríamos inevitablemente
si alguna vez hubo tierra.

UN POEMA PERFECTO

Pronto será escrito un poema nuevo.

Un poema
que será perfecto.

Tan perfecto
que nunca será leído.

Pues romperá todo sometimiento a un orden dado.

Sólo se sabrá de él por los rumores desfigurados
que las viejas urdirán, al salir de misa,
en los umbrales de sus puertas.

Tan perfecto
que no habrá mirada tan osada para él
sino terror a una iracunda ceguera.
Y aquellos que digan falsamente
que saben cómo fue escrito,
serán pronto tachados de maldecidores
y conocerán la justicia del populacho
en los árboles de los caminos.

Se sentirán los gobernantes
intranquilos en sus sueños,
mojando sus calzones blancos.
Serán los novicios ultrajados
en la soledad de sus retiros
a causa de sus inevitables distracciones.
Y los pensadores,
se arrancarán los pelos de las barbas
tratando inútilmente de figurárselo.

Nadie sabrá nunca dónde se oculta,
y en vano recurriremos
a antiguas leyes y costumbres,
pues un poema tan perfecto y acabado,
tan celeste, en suma,
aniquilará al cabo
toda seguridad en la conciencia
y toda fe en lo elevado.

Las palabras, todas ellas,
irán ahuecándose una detrás de la otra
desde dentro de sí mismas
hasta mostrarse todas iguales.

Reverdecerá la hiedra cortada de raíz,
lloverá desde el suelo,
y vagaremos en un mundo ajeno y circunflejo,
donde tropezaremos con nuestros viejos aparatos
cuya función y utilidad
habremos olvidado por completo.

Desde un limbo eterno,
arrebatada su acepción humana,
un ánima creadora contemplará gozosa
cómo aprendemos a leernos mutuamente el pensamiento,
quedando desnudos, como animales,
de nuestras vergüenzas y culpas,
sin otra cosa que el canto armónico como rito.



LA MAÑANA

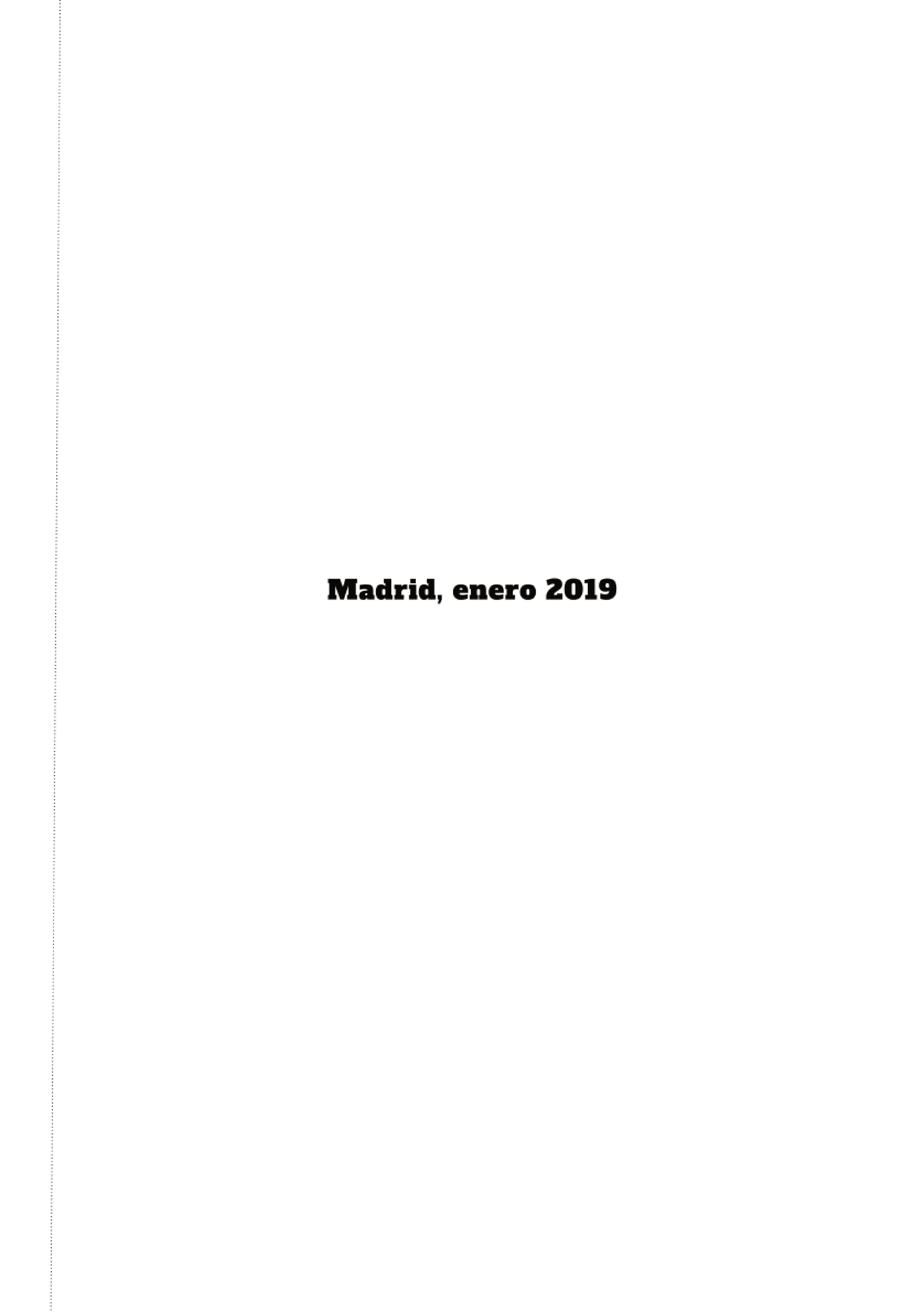
Pistoletazo de la mañana,
al fin,
oración breve de grisáceo devenir
de techo. Cuanto más viejo,
más ávido el culto a los amaneceres.

Escobón pasional que se sabe observado,
pis denso y agobiado.
Ratones que se agolpan en la parada del autobús,
pan de ayer mojado
en café nuevo.

Compañero de liturgia asomado a otro balcón,
yo te saludo en pensamientos:
batín de paño a cuadros
barba profunda y resabida calzada.
Todo un profesional.

Ya salen las gallinas por las portezuelas
marcando el ritmo de la plaza.
Los gallos las siguen de cerca, vigilantes,
haciéndose los importantes.
Ellas repican, repican, repican,
con sus bolsas verdes de plástico.

Desfile frío y bruto metalizado
sobre el rugir del taladro invisible
y, en el momento preciso,
mi parte favorita de la trama,
el cúlmen de la mañana: entre medias
de este desfile rápido y feo,
rompe hacia la escuela,
donde se fabrica el hastío,
el vívido y alborotado desfile del futuro.

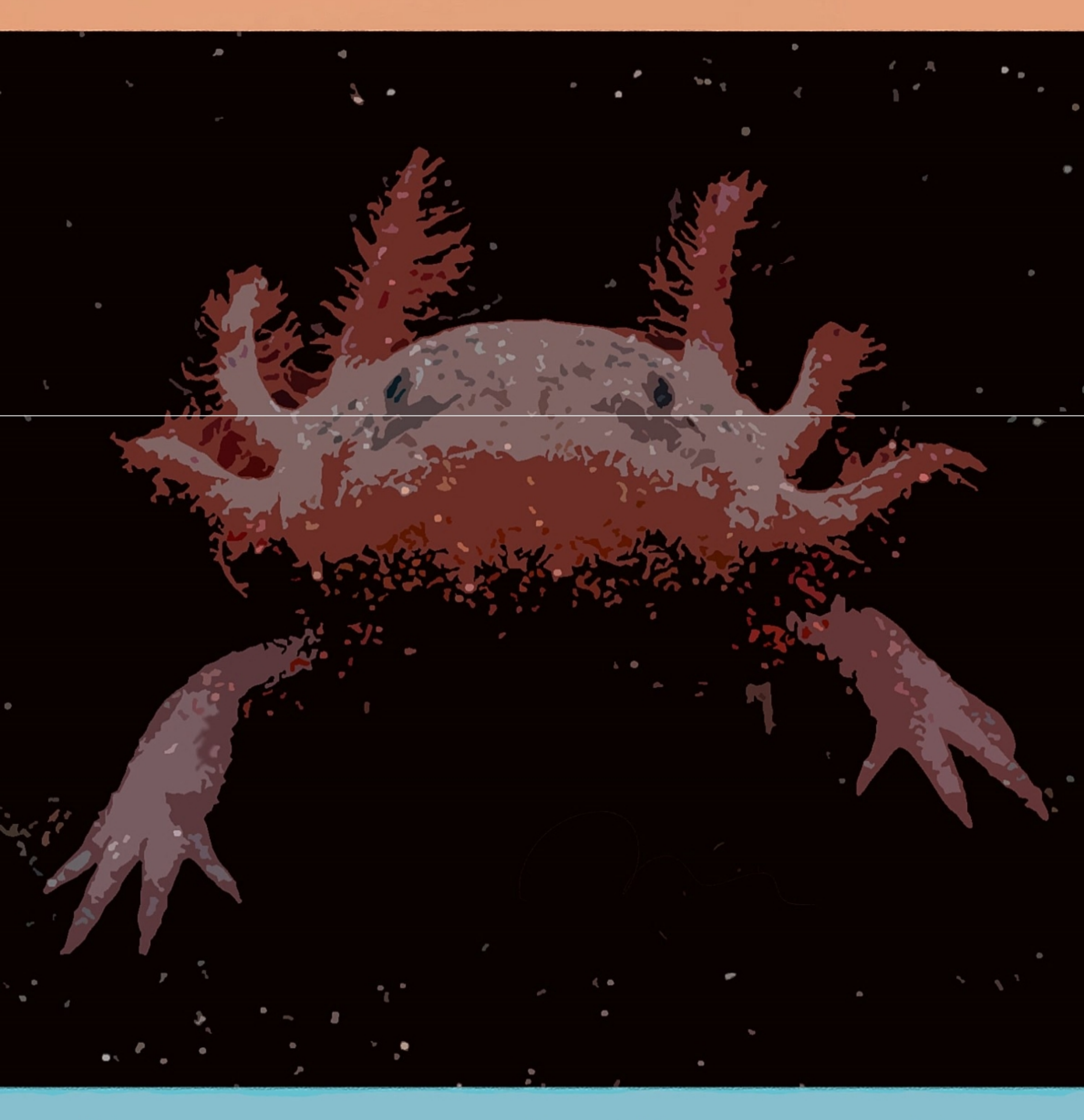


Madrid, enero 2019





Finlandia



Poemas y dibujos de Mikel Urtasun para V.E.

En aquellos inmundos baños,
que yo limpiaba “como si fueran los de
mi casa”, encontré
una figurilla de plástico rota
de un elefante blanco, que me dijo:
"tu sufrimiento
es todo lo que es tuyo.
Ámalo con todo tu corazón".

MIS SIETE HIJOS

Siete hijos tengo,
como días tiene una semana,
como vidas un gato,
como los pecados capitales
que son así mismo siete.

Se me mueren del hambre
y duermen conmigo
que yo con mi cuerpo
les doy abrigo.
Me llegaron una noche
y por la ventana,
con ellos me levanto
cada mañana.
Cada mañana, madre,
cada mañana.

Reparto con ellos
el desayuno
y aún me hacen jirones
los manteles
y se los comen.
Hasta los manteles, madre,
hasta los manteles,
bordados de lilas
y pensamientos!

Siete hijos tengo
que se acurrucan
junto a mí
en la madrugada.
Los deditos de sus pies
hielan mi espalda.
La hielan, madre,
que tienen frío.
La hielan, madre,
y yo con mi cuerpo
les doy abrigo.

A todas partes me siguen
como siete sombras,

y bien callados,
bien calladitos,
tragan el polvo
y cargan conmigo.
Cargan conmigo, madre,
y con mis penas,
mis siete chiquillos,
cargan con ellas!

En sus cuellos he visto
branquias turquesas,
como ajolotes, madre,
del firmamento,
me trague la tierra
si yo te miento.
Pal firmamento, madre,
me iré con ellos.
Ay, madre, que me lleven!
Y quien me los cuida?
Ay, madre, que me lleven!
Si yo me quedo.
Ay, madre, que me lleven!
Ay, mis chiquillos
si me los quitan!



ESPERAREMOS

Cánticos estalactíticos
sobre anegadas acequias,
cruzan lágrimas ardientes
nuestros sedientos rostros.
Y cómo si no romperán fuertes
los brotes nuevos?

Crepiten en lenguas de fuego
nuestros ajuares y carromatos
cuyas siluetas observamos caer
aquí, en la cuneta sentadas,
en silencio, juntas, abstraídas.
Donde sembramos mal
y recogemos cizaña,
no tememos perder la piel
bajo las llamas
que en la tierra duermen
ocultas semillas de aurora.

Esperaremos,
como musarañas confundidas
en el húmedo mantillo,
las primeras briznas de redención:
la vida es breve,
y no queremos en nuestros altares
inodoras flores de plástico,
aun si no tenemos qué ofrendar
más que sangre y cenizas.

DRAGÓN BLANCO

Mi largo cuerpo marfil terciopelo
bandea sobre las sonrisas despiertas de júbilo de las gentes,
salpico sobre sus frentes, de tanto en tanto,
gotas de sangre como sacra agua bendita.

Bajo mi fino pelaje escondidas
serpientes tornasoladas adheridas a mi piel
con sus colmillos finos y afilados como gubias.

Más de una hay de buen porte,
pero son las más chicas,
las que apenas puedo ver,
las más duchas en hallar punto flaco
y se ensañan, retorciéndose virulentas,
a la que creen que me olvidé de ellas.

Y son tan maravillosos
los patrones cambiantes
del dibujo de sus escamas
que me cautivan en su baile seductor!!

Y es tan placentero el vuelo
bajo este sol de invierno
que lo inunda todo:
las calles, mi sonrisa,
las frentes,
los corazones;
océano de luz
que todo dique rompe!!

ES CIERTO

Sí, es cierto
eso de que en mis ojos puedes ver
cómo es que nacerán tus hijos
y cómo será su muerte.

Es cierto que mi cuerpo fue fabricado
de junco y mantillo
por libélulas multicolores.

Es cierto que poseo un poder,
otorgado por un zorro de oro,
que besó mi boca mientras dormía
y desde entonces puedo ver
a través de las carnes.

También es bien cierto que sobrevolé
la tierra en un tiempo futuro,
una tierra renacida
y pude ver en el atardecer
el centelleo de numerosas hogueras
entre el verdor fresco de los bosques,
y pude sentir, además,
el vibrar de todos los corazones
al unísono, en comunidad,
en perfecta consonancia
con el vibrar de la tierra.
Y me hinché de bendiciones.

Todo esto es cierto.
Cuando verdaderamente mi corazón
se abre como el incólume loto
sobre la ciénaga
y ya no teme contemplarse puro,
en esos momentos,
todo esto es cierto
o por lo menos
no es menos cierto que lo demás.



QUIEN ERES

Soy el hongo que se extiende
en este olmo viejo y alargado.
Desde sus raíces mohosas
incrustadas en la piedra muda
me apresuro por sus ramas penitentes
que ha de resquebrajar inmísero el viento.
Soy la pecosa negrilla de que adolecen
sus hojas alicaídas y me alimento
de cuanto el pulgón, la cochinilla
y la mosca blanca excretan.

Y tú,
tú también eres un hongo.

Tu madre te parió con dolor,
y es justo que así fuera,
pues te parió maldito como ortiga
que se arranca con desdén en el patio.
Tu madre, tu amada madre,
es un hongo crecido y pleno
como tú y como yo.

No. No mires hacia otro lado.

Acaso crees que es otro, que no tú,
quien maneja este buque fantasma,
que cruza el frío y nebuloso mar?

Escucha.
Escucha los lloros y rezos de su carga.
Es tu botín que se lamenta
en su ferrosa panza de ballena:
sonrisas truncadas, pueriles sueños,
gruesas venas morenas, óvulos fecundos
que todavía palpitan, orquídeas marchitas desmigajadas
y mucha tierra,
mucha tierra negra
que se te azufra y apelmaza entre los dedos.

Mira nuestras manos deformes y artríticas.
¿Y de dónde viene esa música delirante y soñolienta de voces agudas y estridentes?

Eres tú, mi preciado amor,
eres tú la libertad toda,
mi destino, mi bien, eres tú,
eres tú, eres tú...

Ja, ja, ja, ja, ja, nooo!!!

No mires hacia otro lado!

POR ESO ME GUSTAS

A barlovento vamos, bravos y fieros!
Y llueve metralla en la lontananza.
Que quiere la noche nuestras hombreras
quemar a fuego lento en la hoguera!

Amigo mio,
inventémonos nuevos nombres
para nosotros. Tú,
que tiemblas los ojos
como las gotas de una lluvia de verano
tan difícil de disimular.
Y yo, que gusto de cantar
a la carne atardecida.

Hasta donde yo se
sólo existe un mandamiento,
un mandamiento único y unívoco,
en este valle de lágrimas negras
donde reinará o eso dicen
desterrado en su luminosa esquizofrenia,
un rey depuesto; descompuestas
nuestras entrañas, aquí yaceremos,
antes de tal cosa,
en la ladera de esta montaña!

Me gustas y cómo me azotan
tus lágrimas
al caer de lleno sobre mis pupilas!

No se de quién son esas sedas
descosidas bajo la hojarrasca.
Acaso de una enterrada viva
jovencísima novia virginal,
cuya muerte estamos llamados a vengar.
Y ese báculo tallado y decorado
tan firmemente enclavado en el fango?

A mi corazón no le importa ya
haber olvidado contra qué luchamos.
Me baste comprobar que aún late el tuyo!

Huele a pólvora,
y canta joticas desmenuzadas
la brisa flagelada, y tú y yo
avanzamos entre las sombras
de los húmedos hayedos
y nos tenemos el uno al otro
y el otro al uno,
nos sabemos,
nos olemos,
y presiento que somos, aún el reflejo
de lo que nos propusimos.

Por eso.
Por eso me gustas.

TE VOY A ENSEÑAR A HACER UNA MALETA

Por el bulevar bajan tres señoras ricas
en años y pellejos: sus bosques canosos,
sus carnes flácidas bailando al paso,
sus ojos brillantes como astros,
sus pezones morenos, sus sonrisas claras y amplias,...
Contagiosas, en agitado y divertido debate,
espléndidas, despilfarrando hermosura!

¿Y ves esos dos adolescentes que corren hacia arriba,
con sus nalgas prietas y morenas, bañadas en sudor
las espaldas, jadeando como perros cazadores?

Qué bellos son todos los cuerpos cuando desnudos,
templos preñados de misterio ancestral y magia
celeste!!

Venga. Te voy a enseñar a hacer una maleta,
a modo de consejo y amistosa despedida,
porque te veo con ciertas dificultades...

Te hablaré claro,
aunque las palabras limpias
aniden igualmente en los oídos descuidados.
Mejor es que no las lleves, lleva silencio
que eso hace falta en cualquier parte.

Y como no hay dos sin tres, ni tregua para nosotras,
ni un consentido velero bergantín que por esta playa
pase,
no lleves tampoco recuerdos ni ideales, no sea
que se pongan malos en el viaje. Lleva, en todo caso,
optimismo, y pícalo con recato para que no se te
acabe.

Mete un sólo calcetín, así no llevarás los mismos pares.
Lleva una muda descosida y muy usada, que cuanto
antes empieces, antes acabas. Lleva un cepillo de
crines suaves
para hacerle cosquillas en las rodillas a los bandoleros
y pesados cantos rodados que puedas devolver a los
ríos cada vez que te enamores; el pudor,
tíralo por la ventana; el ego,
desgraciadamente el ego lo llevarás de todos modos
como un herpes que se extiende
por tu cara y que si no vigilas
te convertirá en sapo,

y eso sí, lleva todo, todo lo que puedas de pétalos de pasiflora
que esparcir por si te pierdes y has de volver a encontrarte.

Vete a la estación con el tiempo muy justo, mejor,
si llegas sofocada, más bien tarde
aunque te toque al lado alguna refinada señora
a la que desagrade el olor del cuerpo humano.
Recita de camino algún mantra bien escogido,
evitaras partir antes de tu cuerpo
y cuando estés frente al autobús
(ojo, que este es el quid de la cuestión),
lanzas la maleta con todo tu desprecio al fondo del maletero;
sin pensarlo, coges otra maleta, la que tengas más a mano
y te vuelves -muy muy tranquila y bien concentradita
en tu propia invisibilidad- por donde viniste,
a tu casa.

ESTA PROHIBIDO, SEÑORA

Está prohibido, señora,
está prohibido,
vender confitura casera
de musgo y liquen
a los viandantes.

Está prohibido, señora,
muy en serio se lo advierto,
vender lágrimas de cocodrilo
o piedras del huerto.

Sus manos, señora,
sus manos venosas y escuálidas
están también prohibidas,
así como se lo cuento.

Ni siquiera se puede ya,
mirar sin ningún recelo,
con cara de bobo el breve
copular
de dos moscas.
Ni responder tampoco
con tesitura barítona
a lo que alegre cante
el riachuelo.

Muchas cosas están prohibidas,
aunque usted no lo sepa...

Caminar sin rendir pleitesía
al papa negro,
como un perro en la luna,
eso está prohibido, señora.

Tomar el sol sin pagar
diezmo alguno a los adoquines,
ese es un crimen perverso
y está muy perseguido,
como soñar a deshora,
soñar despierto
con un mundo justo
sin ningún justiciero.

Respirar aire de corazón puro,
beber agua no psiquiatrizada,
todo eso está prohibido, señora,
requeteprohibido y perseguido
por la autoridad competente,
que vela por nuestras barbas,
lubricándolas con esmero,
agazapada en las farolas
y las bocas de incendio.

Deme pues dos tarros grandes
si es tan amable, señora,
de esa mermelada proscrita
para que unte generosamente
los pezones de mis amantes,
los labios de mis hijos,
las ostias consagradas,
las suelas de mis zapatos
y el filo de mi navaja.

Ay! Mi navaja...

De buena plata parece,
aunque es sólo hojalata.
Leche y miel derramara
sobre la calzada
si yo la clavara entre el todo
y por la patria!!



CERRADOS TODOS LOS TRATOS

A Maiki

Ya están cerrados todos los tratos,
vendidas las reliquias que quedaban,
vendidas también las buenas costumbres,
las sillas de paja en las sombras frescas,
los balones prisioneros en el parque.

Por unas pocas monedas de oro,
como se vende a los hombres santos:
con un beso injurioso que anuncia
la fatalidad, con un te quiero infecto
que significa te envidio y eres mío.

En la calle del Oso murió el otro día
un mantero negro que corría delante
de la policía, su corazón se paró
en el mismo portal de su casa.
Fueron a buscarlo las cigarreras
que se levantaron de sus puestos
de La Tabacalera.
Se lo llevaron cantando, en volandas,
a vivir en el recuerdo con ellas.

Y es que aunque los seres humanos
fueran otros seres humanos,
otros los nombres de las ciudades
y otros los de los barrios,
otras las batallas perdidas,
otras las cabezas cortadas,
otros los altos secretos,
las canciones populares,
las casualidades,
amores y desencuentros,
quizá

nos encontráramos
en el mismo punto perdidas,
en condena histórica equivalente:
alejándonos, en definitiva,
e irremediablemente,
del tiempo que nos es propio,
del espacio que realmente nos pertenece,
en un mundo que amenaza ciego
con una pistola temblorosa en medio
de una reyerta de madrugada
con ser
el mejor de los posibles.

Y aunque así fuera
y caminar contra el viento sea
empresa más bien fatídica,
que no nos traiga
tantas y tantas veces
otra cosa que bofetadas de polvo,
yo no sabría hacia dónde marchar
sino es siempre hacia delante
escupiendo arena de entre mis dientes
esperando ver el sol salir por poniente
como una pieza inacoplable
de un puzle mal hecho.

Deja que esta noche hermana
te lave yo los pies con mis lágrimas
que petrifican al tocar tu piel
y ruedan por el suelo como canicas.
Eso será todo lo que quede de mí
cuando amanezca.
Permíteme que te los lave
en esta noche sin luna ni estrellas,
ahora que estas calles se desmoronan
como un cadáver fétido en la hierba.

Marcharé antes de que llegue el día
y seguiré buscando
el amor
para volver a entregarme
de nuevo en sus brazos

FINLANDIA

A Maia

Perdona si me he reído.
Pero qué coño hay en Finlandia?

No.
No me preguntaré, entre plumadas de cisne cantor
sobre una partitura inmaculada que espera
ser concebida, dónde y cómo es que estará mi amante
descalza y perdida entre las hayas gigantescas,
buscando como un oso su expiatoria aurora boreal.

No.
No te esperaré, en una cabaña de abeto
en medio de un bosque alejado, silencioso y sombrío,
fumando frente a una estufa de leña,
deseoso de darte el calor acumulado cuando aparezcas
por la puerta helada del frío.

Porque Finlandia está muy muy lejos de aquí
y hace frío, joder, mucho frío y tú,
aquí y ahora, pasas muy cerca de mí
rozándome fogosa la calma quizá más
de lo que me gustaría o había imaginado,
y eso es todo lo que te dicen mis ojos
y si no es así, no me lo preguntes a mí
porque yo no se qué contestarte.

Y como una luciérnaga en medio de la noche,
así me reclamas, dispuesta a que te chupe entera
para descubrir los colores que ocultas,
insensatamente,
como un poema que habla del tiempo y que deja
un sabor de boca como de estar muerto
en este mundo, y vivo en otro distinto
donde las casas están vacías, en medio de la vorágine
de la ciudad, sólo vestidas de mesas apolilladas
llenas de libros y colchones rotos y mordisqueados
por cachorros de gran danés que se harán esbeltos
como caballos; con sus ojos azules que hablan del bien,
con sus dientes nuevos que duelen
como duele el amor, como duele el compromiso,
como levantarse de la cama en madrugada,
sin haber dormido siquiera dos horas seguidas,
porque una en el fondo se sabe vampira,

o por el ruido del tráfico o porque hay que mover el coche
antes de que amanezca y se lo lleve la grúa;
o por la maternidad solitaria, con la Almudena que se asoma
al fondo de la vista como una advertencia, y una niña pequeña
que duerme al otro lado de tu cuerpo, que me pregunta
con su pie quién eres y porqué he de compartirla esta noche contigo.
Y yo le contesto soy tú, soy nadie, soy el tiempo, soy el vacío,
soy tan sólo una parte de este poema,
y ella me entiende mejor incluso
de lo que yo mismo me entiendo.

Para qué?
Para qué voy a irme a Finlandia contigo?
Si tú buscas inagotable, aquí y ahora, una aurora nueva
que te desnude y yo te beso, boreal, incontenible,
como un oso que encuentra un panal desbordándose,
persiguiéndote en la noche, y van de mi mano
nuestros muertos, y van los mediums sobre sus hombros,

y cuando nos encontramos llovemos sobre nuestros cuerpos heridos
tormentas solares en un piano cuyas notas no consiguieron nunca
emanciparse de sus partituras, pero tanto tanto lo desearon
que lloraron un lago azul cristalino que se halla
entre las líneas de sus pentagramas congelados
y aquí, juntos, y ahora, nos bañamos tú y yo,
bajo los reflejos de un sol pálido sobre las aguas heladas
que calman, aunque solo sea de momento, nuestras heridas.

No viajaremos a Finlandia.
Porque yo estoy ya en ti que eres ya
la verdadera Finlandia luminiscente, dragontina, electromagnética.





LA MARCHA

Se marcharon los jueces
con sus estandartes y sus túnicas negras,
por el camino, tirando de sus bestias
de libros pesados y viejos cargadas.

Se marcharon los presidiarios tras ellos.
En perpetuo sollozo, con sus llagas abiertas.
Su rastro siguieron sus hambrientos perros.

Se marcharon las langostas y los sapos,
con su devastadora sombra de miseria.
Dejáronme por fin en calma,
marcharon en lenta marcha, rumbo
al cerebro de otro cuerpo.

Y me quedé a solas con el ángel de la muerte
que me sonreía,
y me recordó que todos estos juguetes
son suyos y que puedo, por ahora,
seguir jugando con ellos.

Gracias David Álvaro por prestarme tu tableta y por ser un tío tan majo.

Madrid, 2019





RON QUE DA DES

Nuevos poemas para garduñas y vencejos

Dan las siete*
Fugitivo*
Suenan tus pasos*
Era la tarde*
Por un callejón luminoso*
Adrian's blues*
Oscuros y quietos*
Sobre las arenas de mi desierto*
Qué pena!*
Yo soy del país de los vencejos*

Ronquedades
Nuevos poemas para garduñas y vencejos

Escribe Mikel Urtasun
Ilustra Archy
Maqueta Edurne A Urtasun

Madrid, Febrero 2020

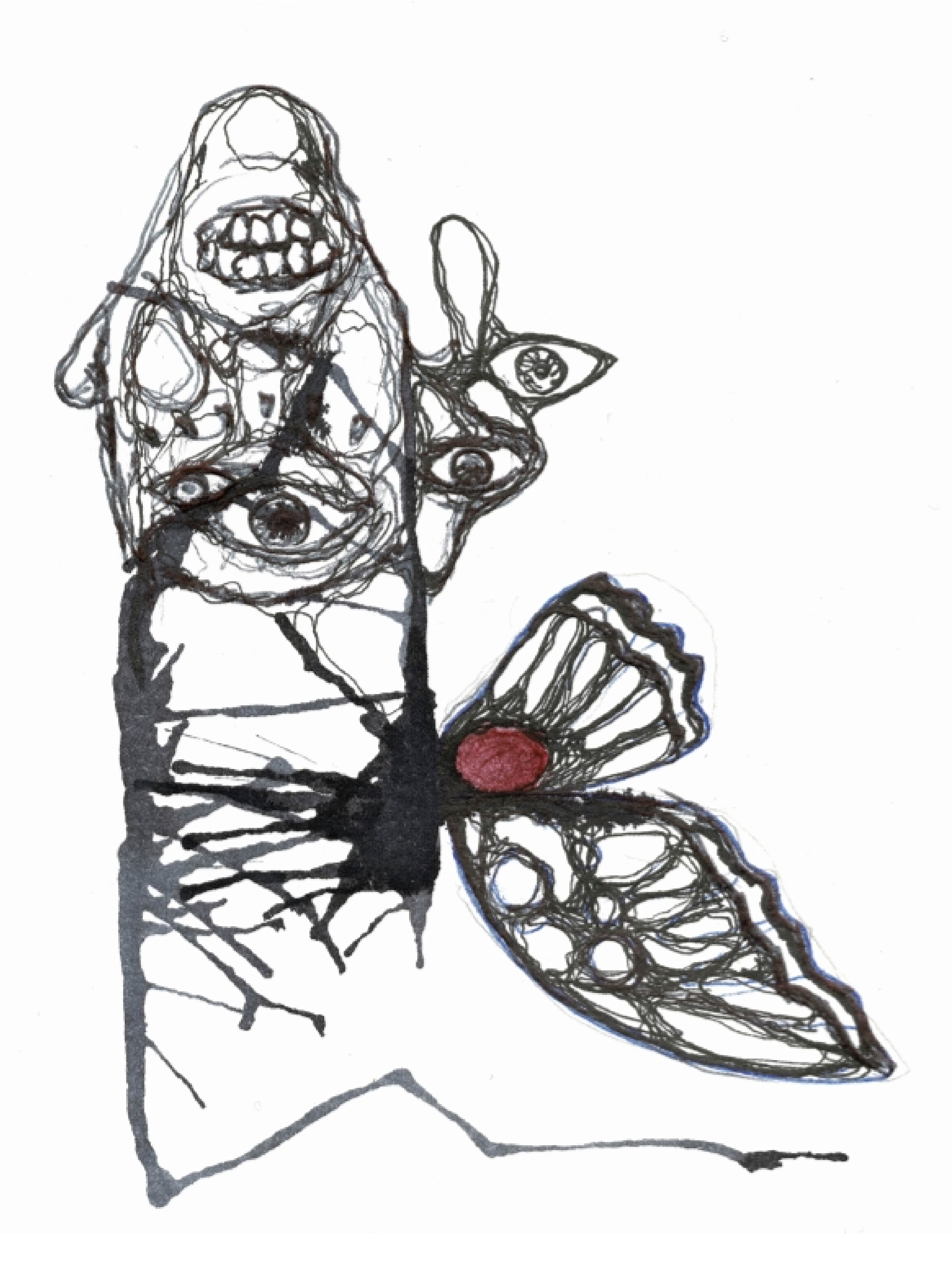
DAN LAS SIETE

Una premonición de Jara

Están dando las siete
y tu mano en mi pecho
escuchando atenta
lo que mi corazón expone
bajo el suave centelleo de los avellanos.

A lo lejos el ladrido de algún perro solo,
y nuestros pies en el agua fresca
acariciándonos
las piedras y las algas.

Vivir, amar y soñar,
como atraviesa el río
con su espada helada los manzanares,
y nuestros dedos peinando la hierba verde,
y los dedos del viento peinando sedosas ramas.



FUGITIVO

Escapó un fugitivo de mi pecho
oculto en la noche que se daba
a los tenaces grillos.
Tomó la vereda, por las traseras,
cruzó como un jabalí las zarzamoras.
Y entre zancada y zancada,
monte arriba se atropellaba
y yo para mí canturreaba: *oro blanco,*
oro blanco, por ti quedé yo manco.
Luna llena, luna llena,
por ti maté una ballena.
Y oscureció el agua y oscureció mi alma.
Y cuando supe que mi amor era en vano,
que vanas eran las riquezas,
y qué efímero el poder,
con tijeras de plata
a ti te corté la negra trenza,
y a mí me corté la otra mano.

Nada me gusta que al limo de tus besos imite.
Sólo tus besos crudos y honestos,
de salobre,
vibran mis clavículas
con su ritmo fino y serio.
Sólo tus besos de pellejo y hueso
que me beben y escudriñan
en mi pensamiento.

Vinieron unos hombres buscándolo
con cuernos de cabrones, y engallitados,
no se qué es lo que querían.
Sus coches rugían hambrientos.
Y yo callada, como si tal cosa...
Patada en la puerta. Gritos suben por la escalera.
Y yo para mis adentros: *De las marismas vengo*
que dejó caer el cielo estrellas de fuego
que conmigo traigo. De las marismas,
de las marismas he recogido
erizos de mar perdidos que te regalo.

SUENAN TUS PASOS

Los bueyes que cargan con las ciudades
sobre sus pedregosas espaldas.
Les bendicen los dioses.
Les aclaman los niños.
Van perdiendo su carga por los caminos
sin que podamos evitarlo.

Tardes de oro en las montañas,
mariposas que fueron larvas de llanto.
Se alimentan de la bilis nuestra
y se elevan, hacia el sol, para adorarlo.

Atrás los recuerdos!
La mente en blanco...
Sandalias descosidas,
camisas rotas.
El pecho al desnudo!
Besos de aire fresco!
Canto de amapola!

Dame la mano hermana
que estás cansada.
Sigue marchando conmigo...
hasta que lleguemos al bosque,
allí dormiremos, al abrigo
de las hojas amarillas y pardas.
Deja atrás tus temores,
que yo no te suelto.
Deja atrás tus temores,
que ardan girasoles
y marchen paloma blanca!



ERA LA TARDE

Era una tarde -cómo decirte-
como suspendida de un solo hilo.
Los gorriones alborotaban el final de la siesta en los alerones,
como hacen de costumbre, pero pareciera que en cualquier momento
fuera a desatarse una tormenta.
Apenas pasaba algún que otro coche por la carretera
y el que pasaba, se diría que lo hacia premeditadamente,
solo por distraerme de mi inquieta observancia.

Se oyeron gritos en el parque, y yo me dije *tate*.
Dos niñas -que eran primas- se habían quedado atrapadas en el tobogán al tratar de deslizarse atadas entre sí con una soga. Sus respectivos padres corrieron desde la terraza del café hacia su encuentro -cada cual distinguió entre el alboroto el grito de su propia descendencia amenazada-, y forcejearon un buen rato en la torre de madera y plástico hasta conseguir liberarlas. Una volvía llorando y la mayor, sonriendo como si no hubiera pasado nada.
Los que sí llevaban susto eran los progenitores,
que se marcharon dejando a medias sus cervezas
y con las rodillas magulladas.

Era la tarde azul,
pero de un azul como incompleto,
como si se estuviera despegando de sus esquinas.
Y yo seguía esperando... no se qué,
algo, algo más grave: el derrumbe de algún risco,
un infarto, un coche estampado en la farola,
un perrillo muerto en los brazos de algún lloroso crío,...
por lo menos!

Pero la tarde avanzaba y la brisa silbaba ya en sus violines
una pieza de Dvorák -creo-,
cuando al fin rompió brusco el teléfono
y sonó tu voz trémula al otro lado del aparato:

- Te extraño.
- El corazón es así de caprichoso.
- Eso será.

Y tu voz sonaba cierta
sobre esa tarde como tan coja y remendada.

POR UN CALLEJÓN LUMINOSO

A Tina Paterson

Los deseos insatisfechos, fechos, fechos, fechos,...
se tornan persistentes, entes, entes, entes,...
y delirantes, antes, antes, antes,...

Luminoso es
el callejón en que te pierdo,
traqueteo de un tranvía que pasa,
asoma
el dulce punteo de una cítara zíngara.

De nada -dice tu gato persa, mudo a mis pies.

Hay una cuchilla en el lavabo, frente al espejo
esperando, que se oxida un poquito más
cada día que pasa.
Hay pelos púbicos en la ducha y no son nuestros.
Ni los recogemos. Tampoco limpiamos
los dibujos secos de excremento en las paredes.

Algún día quizá podamos descifrarlos.

Olor penetrante
a boquerón humeante
en el infiernillo de lata. Apenas tienes ya
con qué mantener esta escueta llama.
Yo sonrío,   toda sucia,
con mi panza hinchada de hambre,
las rodillas amoratadas,
rodeadas de todos estos escombros
del último bombardeo aéreo.

Te lo digo:
las guardianas de mis sueños
no se baten en duelo
con mayor artificio que las de nadie.
Tampoco hay
en este cementerio
una sepultura vacía
para ti. A nosotras,
en nuestra vida,
no nos han dado
más que alguna bofetada
que no merecíamos.
De ello se deduce fácilmente
que seamos dos monas fumando
subidas a un monociclo. Y por ende,
que nos besemos y nos enrabietemos
con pasión equivalente.



El Sorolla ha cerrado hoy sus puertas.
Sus colecciones morirán
con dignidad.
En paz.   En silencio.
Y tú estarás vete a saber dónde
llorando añiles y escupiendo púrpuras.

ADRIAN'S BLUES

Para que sigas tronando bajo la lluvia

Ouh sí!
Eso es!
Sí, vamos a hacerlo.

Señores y señoras, buenas noches.
Voy a contaros una historia.
Es una historia bonita sobre un ser humano.
Un ser humano estupendo.
Sí.
Este tipo que llegó al taller...
Sí, al taller.
Ya sabéis, un taller de hombres.
Lleno de hombres sucios.
Un taller de hombres sucios que se ganan el pan
con el sudor de su frente.
A las mujeres les gustan los hombres sucios.
Sí, eso es así.
Hombres sucios.
Sucios y sudorosos.
Aunque algunas lo nieguen...
A todas les gustan.

Así que vino este tipo por el taller.
Un tío majo...
Era inglés.
Inglaterra es un pequeño país situado en Europa.
Bueno, casi.
Es un país donde acostumbran a hacer las cosas del revés.
Si, va en serio.
Hasta conducen por la izquierda.
Y el volante lo tienen a la derecha.
Sí, están locos.
Eso tiene una explicación, aunque no lo parezca.
La explicación es que Napoleón quería invadirles
y bueno...
La verdad es que no me acuerdo.
Pero se que tenía que ver con Napoleón.
Napoleón era un inglés que era muy muy viejo...
No. Estoy bromeando.
Era francés.
Así que llegó este tipo inglés al taller
subido en su bicicleta.
Venía con ella desde Inglaterra
y se había recorrido media Europa.
Durmiendo en cualquier parte,
comiendo cualquier cosa,
dejándose llevar...
Él amaba su bici.
Si. La amaba!
La amaba.
Venía al taller todos los días subido en ella.
Sonriendo.

Si tenía que ir a ver a su amante,
se iba en la bici;
si tenía que ir al baño, iba en bici;
si le tocaba cocinar para los demás,
también cocinaba en su bici!
Todo. Todo lo hacía en bici.
La verdad es que era un tío estupendo.
Llegó y empezó a hacer cosas para el común.
Eso fue guay.
Luego resulta que sabía soldar muy bien.
Y era escultor.
Hizo un buitre.
Con restos de metal.
Sí, un buitre. Tan bien hecho!
Tamaño real.
Aún creo tenerlo delante...
parecía que fuera a echar a volar en cualquier momento.
Muy bien hecho, sí, señores y señoras.
Muy bien hecho.
Para darle de comer en la mano.
Quería colocarlo en la calle, encima de algún muro,
para que la gente se asustara al pasar...
Era un cachondo!
Yo le decía que en este barrio había ya muchos buitres.
Pero de corbata.
Luego resulta que era músico.
No uno bueno, pero era músico.
No. Es broma. Era muy buen músico.
Pero más que todo esto
lo que verdaderamente era
es

el mayor,
el mejor,
poeta inglés que escribiera en castellano!
Sí, señores y señoras.
Definitivamente.
Se inventaba la mitad de las palabras.
Pero las hacía sonar todas bien.
Sí.
Así es.
Un tipo estupendo.
Y en el fondo de su corazón,
en lo más profundo de su corazón
era un sacerdote.
Si, hermanos y hermanas, un sacerdote!
Uno de verdad!
Aleluya!!
Aleluya!!
Sí, hermanos y hermanas.
En el fondo de su corazón no había otra cosa que fe.
Sí. Eso es.
Fe.
Pura fe.
Pero no estoy hablando de un sacerdote cualquiera,
qué va!
Él no tenía fe en Dios.
No. Olvidaros de Dios, no estamos hablando de eso.
Él no tenía tampoco ninguna fe en el ser humano.
No, por favor!
Que se muera el ser humano!
Ni mucho menos tenía fe en la madre naturaleza.
No, no, no, no.

No.
Vamos a joder este planeta antes de lo que creemos.
Y eso si no nos engulle a nosotros antes, no es así?
No. Él no tenía fe en nada de eso.
Él tenía fe
en la fe! Eso es!
Fe
en la fe!
Como suena!
Sí.
Fe!

Sólo eso.
Nada más.
Estaba lleno de fe.
Pero de fe en nada...
Sólo fe!





OSCUROS Y QUIETOS

Hete aquí
que en procesión festiva y diminuta
sobre mis brazos -bellas
y alargadas vides teñidas
de hollín de chimenea-,
la aclamada nueva reina
de las hormigas trepadoras
encomienda, entre trompetines florales
y confeti de azúcar de remolacha,
a cerrar los labios de los desencantados;
que pintan con saliva en los cristales
aquí no gana nadie.

Oscuros y quietos los espejos,
sin reflejo que nos azuce y somos, al fin,
vagamundos desnudos dormidos en los cajeros
de límpidos mármoles y pulidos aceros compuestos.

Este momento que consumo
y me consume,
en que quisiera dar a mi piel la vuelta
para que pierda su forma acomodada,
es para ti todo lo que tengo: mi sonrisa;
es mi tez desnuda de tus espuelas hacienda;
éste corazón, burdel de tu arrebato,
hecho y rehecho de nervaduras;
es porque amé y oso soñar
que todo tiempo extraviara.

SOBRE LAS ARENAS DE MI DESIERTO

Sobre las arenas de mi desierto
descansa sobre un sólo vértice, un gigantesco y frío cubo
de impoluto mármol negro.
Casi en él apoyada, una escalera fina de avellano
con numerosos peldaños más que menos ordenados.
Debajo hay una planta desconocida y hermosa
con tres grandes flores abiertas y onduladas.
Al otro lado del cubo hay una yegua castaña
buscando verde entre la arena.
Es de raza burguetana.

El viento sopla huracanado
en todas direc ciones!
El cubo permanece inmóvil, ajeno,
la escalera sí que baila, como así las flores
y la yegua (crines rubias, fuertes patas)
resopla resignada.

No te enfades conmigo prima!
Que no es una yegua domada...
No ves que no tiene hacia mí
la cabeza agachada?
Es el trasero lo que tiene, sólo está
relajada, pastando pacífica
hierba imaginaria...

Si la tarareo se alegra
y en su contento hayo
yo merecido descanso,
y si no,
pues no pasa nada!

Y qué es el amor, si no eso?
Un descanso lisonjero
de uno mismo
al abrigo del viento polvoriento
dentro,
muy adentro,
en mi desierto.

QUÉ PENA!

Qué pena!
Ay, qué pena!

Qué pena tan penosa
encontró cobijo en mi corazón
y un amigo que hoy le canta
esta canción fermosa!

Ese probre poeta que susurra
-ojos sanguinolentos, mirada clara-
desde la esquina mrugrienta:
paños de vinagre empapados
en los alféizares de las ventanas,
por todo el barrio, para ti, para mí,
para quien sea los han dejado!

Qué pena de chico!
Con lo que sus padres esperaban de él...
Médico, abogado, de suerte sacerdote.
Lámparas de neón le guían ahora
en su sueño eterno e inconcluso.
Corre por las calles descalzo y riente
regalando poemas
a la gente.

Y sigue: *esperan todavía alguna carta*
los viejos amigos del pueblo.
Cartas que hablan
de los veranos por venir,
de las fiestas,
de la cabaña escondida junto al río,
del anhelo de ti, que se gusta de mí
(eso rezan nuestras eniciales en el roble).
Pero ya no te veré otro día...

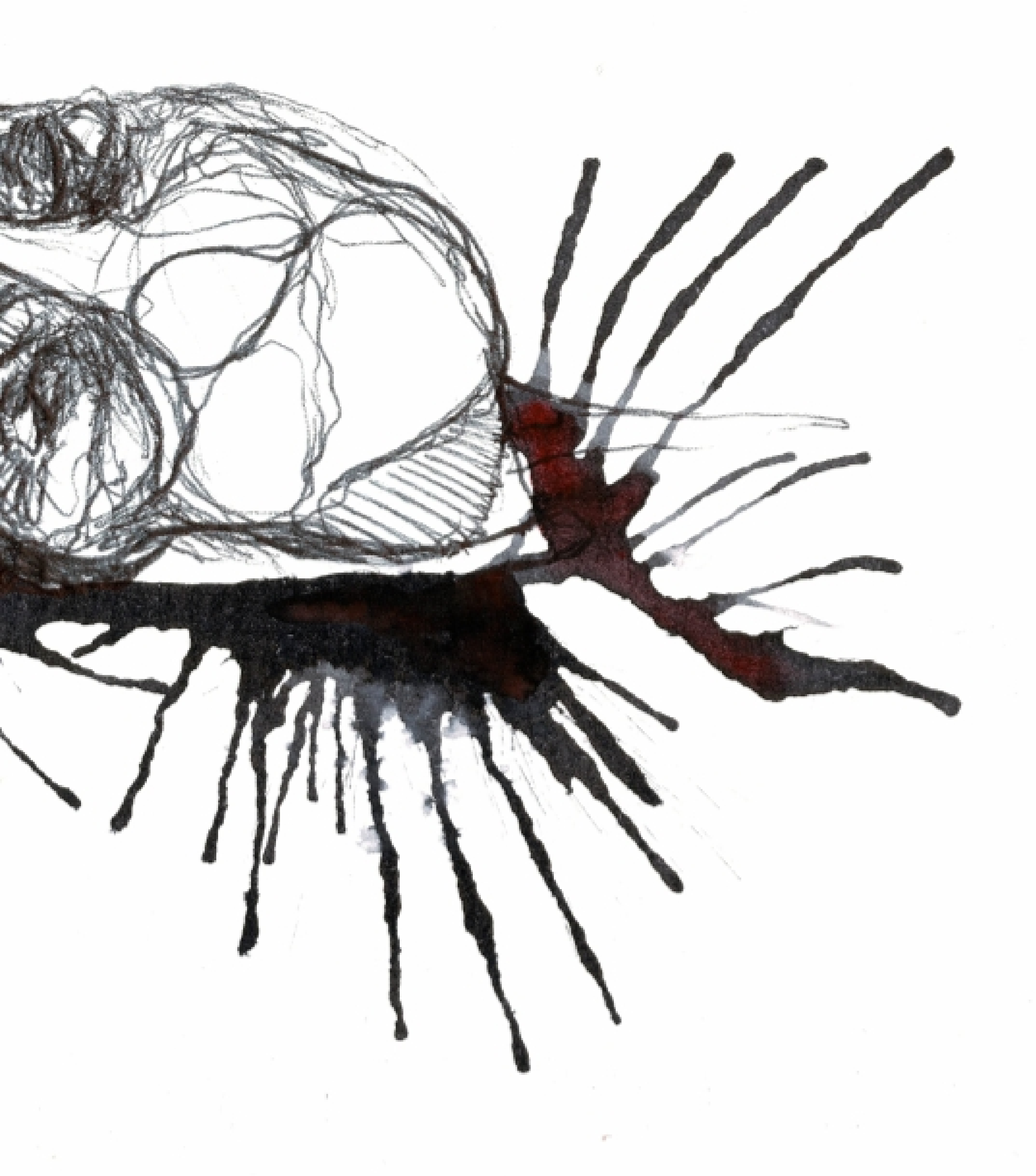
Y qué pena hacerse mayor y no chico!
Qué pena, maldita sea, qué pena!!
Con lo que yo te aprecio todavía!

Cabellos ondulados que encanecen.
Tos estruendosa en el rellano.

Y qué pena que tu hermano se marchara!
A un país lejano,
macuto y vara en la mano...
Qué pena no escuchar más sus ronquidos
como las olas rompiendo duro en la playa!

Qué pena!
Qué pena mora!
Y con lo mucho que tú lo querías!





YO SOY DEL PAÍS DE LOS VENCEJOS

I.

Este póster azulado de tiempo
y dorados matices grasos,
con un paisaje bucólico y cansado
de una alameda junto al río,
es tan, tan tremebundamente aburrido!

Me recuerda a ningún sitio.

Crucé hasta aquí esos campos desnudos:
mis zapatos de cuero batallando
con los terrones duros e inertes,
bajo el sol plomizo, divisando a lo lejos,
como un pequeño descosido en la raya de un horizonte ilegible,
este pequeño reino de cemento,
uralita y ladrillo visto,
al que aún por costumbre llaman pueblo.

A dónde van?
A dónde van los espíritus pequeñitos
de tanto hierbajo sentenciado por libidinoso?

II.

Abandonado el campo,
agria la uva,
seco el almendro,
podridas las olivas en el suelo,
aún pudieran las bestias alimentarse de ellas!
Pero el campo está vallado,
bien vallado y protegido...
tan tristemente enjaulado!!

Uvas
almendras
olivas
esperando
en invierno
en verano
para ser de nuevo
como en otra hora
sudoroamorosamente
recogidas con las manos.
Sabia derramada
sobre nuestros corazones
que apenas cala,
es que están bien curados
con sulfato de cobre.

Y nos hemos quedado aquí, con la tarde,
minúsculas ante su inmenso rosar,
que dulcifica nuestro gesto bruto,
que acaricia nuestra soledad avara.



III.

No digas España niña!
Que eso suena muy feo!
Di, si quieres, las españas.
Porque las españas se funden
en los Pirineos con las francias
y a poniente con las lusitanias.
Sin embargo, España
tiene una frontera muy clara
que divide muy claramente
hasta dónde, hasta qué grano de arena
es dominio de nuestros señores.
Porque las gentes de las españas
bien pueden convivir
con las de las cataluñas o las vasconias,
como con las de otras muchas tierras
donde se hablan distintas lenguas
y tienen sus pueblos ritos propios.

Pero España, España es incompatible
con Cataluña y con Euskadi,
pues los señores gustan de tener las fincas
bien separadas y ordenadas, y limpias de matojos,
y se disputan los derechos de propiedad,
que con mucha sangre -que no la suya- los adquirieron
y aplauden condescendientes a sus ovejas,
que saben dónde han de guardarlas sus perros.

No, hija mía, no.
Para nada me siento yo española!
Que yo soy de los pueblos y los barrios donde he vivido.
Yo lo que me siento es más bien garduña,
garduña herida y atrapada.

IV.

Qué no daría yo por sentir
el sol caliente sobre mi espalda,
mientras hago el amor a la huerta
escuchando la voz amiga y compañera
del jilguero que canta:
alza tu azada al viento
de la hermanada lucha
de la tierra por ser tierra,
del ser humano por ser humano!

Y qué tontamente se lapida el sufrir
de alma paria y fragmentada!
Se me despeina el discurso
mientras masticamos,
en piezas chiquitas como de puzzle,
a este pobre cochino que nada nos hizo
y que seguramente no conoció la luz del sol,
acompañado de güiski barato rebajado
con espumosa sangre negra
en este bar de carretera.

-*Adagio sostenuto* de motores desalmados-.

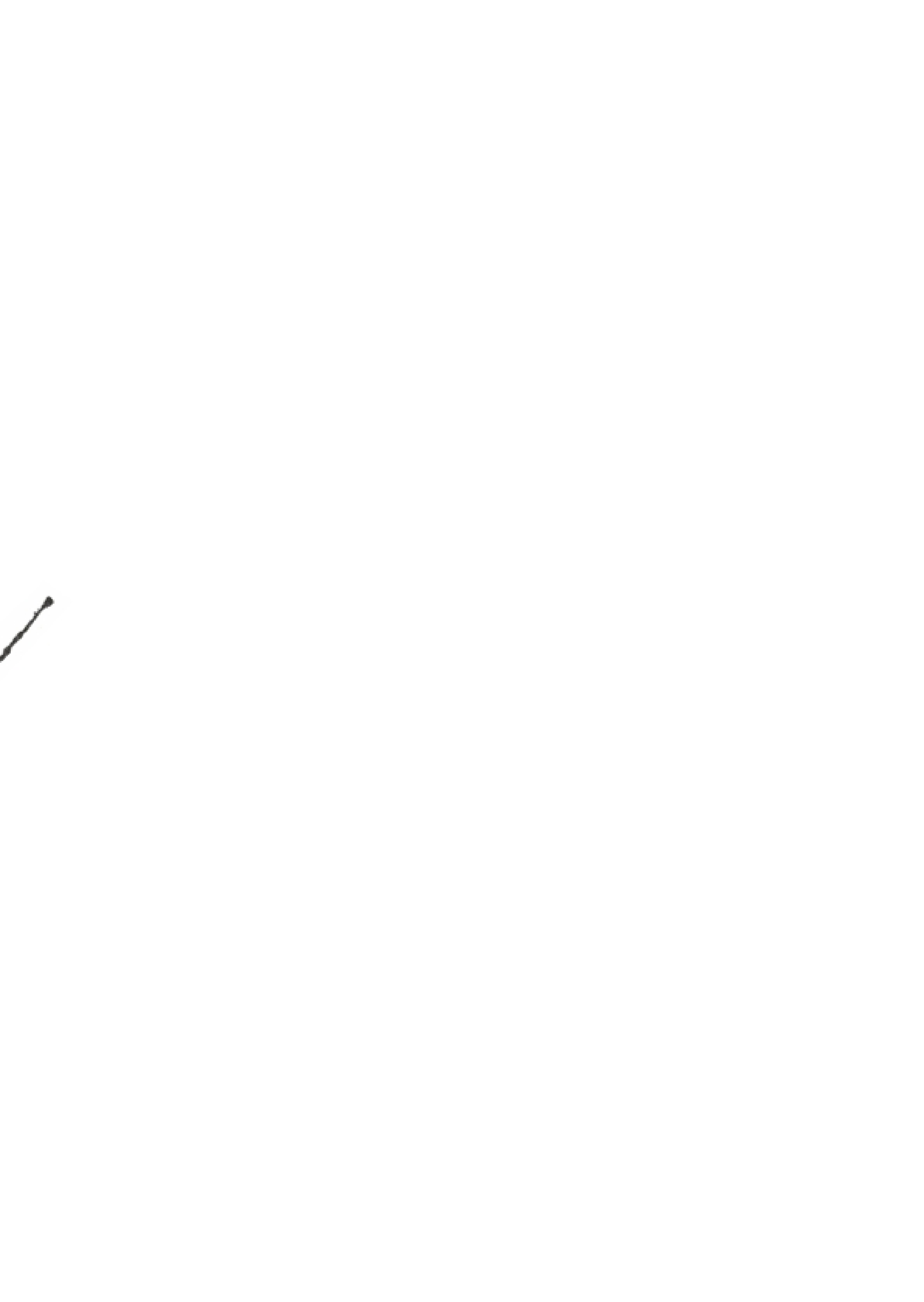
Un bar de carretera que está aquí,
vaya usted a saber porqué,
porque podría estar en cualquier sitio,
y otra borracha amargada estaría aquí,
sosteniéndose en este mismo taburete,

en compañía de otras expropiadas almas
-la tele que no calla-,
sometidas y solitarias,
cagándose en la misma suerte!

Pero mira.
Ya se vuelven los negruzcos vencejos
a recoger en sus nidos.
Y humildemente harán otros nuevos
mientras puedan, que se los tiran
a escopetazos los crueles cazadores.
Y de los vencejos, de ellos nadie habla mucho,
ni conocen ellos
patria ni bandera.

Así sobrevolemos nosotras un día,
en buena avenencia
los vastos campos quemados
-esquivando el tendido eléctrico,
evitando humos y máquinas-
en la ceremonia de la tarde
y volvamos dulcemente a posarnos
en nuestros cuerpos dormidos
para sorprendernos y vocearnos,
hasta la ronquedad:
"despertad, maldita sea!!
Es que no veis que ha comenzado ya
la guerra del amor??!!
Arriba!!!
En marcha!!"







Dándole la vuelta al jamón




ELAX



Dándole la vuelta al jamón


MikelURTASUN

CÓMO DARLE LA VUELTA AL JAMÓN

Dos hermanos en la playa
En el vaho del espejo escribí tu nombre
A un cerro afilado
Bangkok
Abandoné tu cuerpo
Yo que creía que yo
El patatal





DOS HERMANOS EN LA PLAYA
a Peio

Dos hermanos en la playa
se abrió el sol paso por un trecho-
conversaban sobre los problemas de sus vidas.
Cuando la bruma que amainaba mostró
las prolijas carnes rojizas de dos diosas rollizas
de largos cabellos negros. Contoneábanse,
las piernas sumergidas en el agua, mediodesnudas,
divertidas y coquetas. Gigantes cachondas,
se piropean mutuamente mientras miran de soslayo.
Acarician sus robustos traseros las espumas libidinosas.

Es un espejismo muy claro -se dice uno de ellos-
producto sin duda de un estrés latente
de gatos encerrados camino a su mediana edad.
Pero el otro hermano no puede reprimirse
y corre hacia ellas, tomado por la fuerza del deseo.
El primero cae al suelo, ridículo, en su intento de retenerlo,
y grita:
¿Pero qué haces? ¡Ya no eres un niño! ¡Vuelve te digo!
¡Piensa en tu trabajo! ¡En tu mujer! ¡En tus hijos!
¡Sólo es un engaño!

Los paseantes se vuelven todos,
como perrillos de la pradera en la arena de plata.

Aquel hombre corre poseído
y van cayéndosele al suelo
reproches varios y consejos baratos,
metas postergadas, fracasos inasumidos,
ambiciones venenosas, deberes impuestos,
las voces decepcionadas, los dedos acusadores;
caen los currículums vitae y otros muchos papeles
de pólizas, contratos y no se qué otras cosas,
incluso notas escolares de firma falsificada;
caen la nicotina, el thc y otros remedios perniciosos;
cae el dinero y otro montón de pornografía.
Van cayéndosele cosas y más cosas inútiles,
que aligeran el peso de un cuerpo atenazado.
Y el correr se siente volar como andar por fin
en una bici sin ruedines. Y del pecho quiere salirse
una langosta que olió de nuevo el mar.

Ya casi puede aquel hombre escuchar
los susurros de las gigantonas hablando de cariño,
con sus brazos abiertos, en una nana cálida.
Las lágrimas que parten furiosas con el viento,
y aquel hombre salta,
da el gran salto de su vida,
da un salto que nadie creía que pudiera dar,
y saltan por los aires con él las últimas virutas de sensatez,
planeando estamparse con los pechos gigantescos de la libertad.

EN EL VAHO DEL ESPEJO ESCRIBÍ TU NOMBRE

a Zeeba Khan

Suenas Veloso, suenas Willie Nelson,
y millares de seres que te siguen se hacen presentes,
horadando la tierra con sus pequeñas mandíbulas
y sus muchas patitas. Aunque apenas pueda verlos.

En el vaho del espejo escribí tu nombre
y emergió de él como del agua
el cuerpo de una niña ocre, bella, cervatilla,
de largos y finos dedos
y pezones perfilados y perfectos.

Y aunque el rostro era vacío, sin facciones,
aquella criatura me era del todo conocida,
y muy, muy profundamente querida.

En su huesuda cadera, un bello incipiente me habla
de donaciones, de renuncia y aceptación.
Me recuerda que no todos morimos o nacemos
en este mundo.

Me recuerda que algunos vivos están ya muertos
y algunos muertos todavía vivos.

Y yo lloro de amor sobre su vientre liso e inmaculado
y me arrastra el olor de ese cuerpo abierto
que siento tan de derecho mío.
Y me engulle.
Y soy ahora yo esa niña hermosa
que en el reflejo sólo ve
a tipo barbilampiño y miope,
que mira fija y profundamente, alelado,
como si tratara de decirme algo y no pudiera.

Despiertas en mi recuerdo, súbita y desmelenadamente,
para comprobar que tus trampas están en su sitio.
Bebíamos vino en la ventana de tu cocina.
Tu vecina nos increpa ininteligiblemente...
Me robas mi cigarrillo y me regañas por fumar tanto y tentarte.
Cuando entras en la cama desmelenada con tu nariz de bruja calé,
tus piernas y pechos crecen y se estiran oscuros hasta casi asfixiarme.
Y tus ojos dominan las estrellas.
Y yo no puedo sino contemplarte tan solo.
Como un mendicante vagabundo del dharma.
Como un tábano solitario frente a una colmena.

Escondidos en las costuras, diminutos falos acuchillan
diminutos vientres de hembras que huirán del nido, traumadas...
De ahí -explicas- que sean las chinches tan prolíferas y porculeras.

A UN CERRO AFILADO
a Jordi Macaruya

A un cerro afilado encarmada
una choza de paja y barro
-que no cualquier choza-,
provista de patio y excelentes vistas
al mar Mediterráneo.

Toca en su guitarruca un gitano,
entre calanchoes e higos chumbos,
una vieja pieza de Bach el viejo,
con sus enormes manos cuarteadas.

La toca con sapiencia,
el cigarro apagado, la ceniza que no cae,
y la tarde que aún quema en el pecho velludo y amplio.
Va el gitano parando y crujiendo latas de cerveza barata
con su enorme cuchillo clavado en el beicon.

La sonata trepa entre los riscos
deshaciéndose en la brisa salada.
Y el viejo Bach parece que sonríe desde el alto.

Pero el gitano no está conforme.
Él nunca está conforme.

Un día, en la desierta estepa,
hizo una hoguera tan grande que llamara
la atención de exploradores de otros planetas.
No avistó ninguno,
sino un quebrantahuesos que cruzaba el cielo
y le regaló su agudo mirar.

Y el gitano que se ve por dentro
y se sabe sólo.
Sólo consigo mismo.
Y no se conforma.

Según dice, todos estamos solos.
Sólos en una vida que mengua cada instante.
Sólos ante un Dios que no escucha.
Y con esto tampoco está el gitano
ni mucho menos conforme.
Porque este gitano no puede nunca conformarse.
O simplemente sería otro gitano cualfuere,
que no este del que os hablo.

Por las noches se levanta por ver las estrellas
y se pregunta ¿quién ha dicho y con qué derechos
que Dios haya de ser misericordioso o bueno?
Con todos los seres que debe haber ahí fuera,
muchos de los cuales han de ser merecedores de mayores atenciones,
¿por qué iba a ser Él con nosotros paternal o celoso,
a nuestra ridícula imágen y semejanza?
Y sigue el gitano tocando con mucho tino y mucho tiento.

Mientras la hoguera sigue ardiendo como la tarde
en su pecho velludo y amplio.



BANGKOK

Cuando el turista no deja lugar al viajante
la pobreza se convierte en miseria.

Viajé a Bangkok con mi madre y mi hermana María.
Tenía tantas ilusiones puestas...
Y allí apenas ví otra cosa que mis dientes podridos.

Yo no quiero ser un ciudadano de primera.
Si vuelvo a Bangkok, en mi próxima vida,
espero ser una rata bien fea y bien gorda.
Morderé en los tobillos a los extranjeros
que se emborrachan en una playa de postal
(en el envés, callados siervos sonrientes).

Caminé entre las chabolas y los charcos
junto a las vías de los trenes,
bajo los gruesos cables anudados en los tejados.
No me interesaron, ciertamente,
los palacios y templos de falsos dorados,
las fábricas de budas de yeso y santurrones de silicona.
Sólo los rostros humildes me cuentan algo
y camino sin otro rumbo que su encuentro.
Viajar lejos, sin más objetivo que pasar el rato,
es la forma óptima de comprobar cuánto hemos achicado el mundo.

Que se apaguen.
Aunque sólo sea en mi mente.
Esas bombillas rojas al otro lado de la calle.





ABANDONÉ TU CUERPO

Abandoné tu cuerpo madriguera de olivo pulido.
Hoy espero la lluvia migrante de las montañas azules.
En mi memoria maroma gruesa tu sombra, el olor de esa
tierra.

Existen mil maneras de casar la larva con su nicho.
Por ejemplo, esperar despierto a que el sol desvista
de rocío el brote protegido y tierno. Entonces,
eclosionar afuera y avalanzarse de sorpresa
sobre la presa distraída, para hacerla nuestra.

Sentir el calor mutuo, el pulso de lo vivo, el resuello.

El placer de deshacer lo que se preparaba al cotidiano
y sumergirlo en un limbo desnudo y apartado,
tan antiguo y necesario que nunca hubiera de
interrumpirse.

Profanar, en la medida en que me es concedido,
ritual cotidiano de siervo despojado. Rezo de rodillas
porque otro tome el camino de vuelta conocido
y pueda yo serpentear aún los campos de crines amarillas.

YO QUE CREÍA QUE YO

Y yo que creía que yo era yo...

Y me he difuminado
sobre un fondo y un conjunto,
y mis límites me son ahora ilusorios,
forzados como las fronteras espinosas,
de modo que me veo también en tí,
y en quienes otros me rodean,
incluso en el suelo que piso
y en el aire que respiro.
Y como sospecho que esto no se debe
a que sea yo alguna clase de ser omnisciente
no me ha quedado otra que abrirme
y aceptar que tú
eres también yo,
y eres también
el sol y la luna.

Tu sangre, mi sangre,
pequeños caños de un río inmensurable
que nació en el albor del tiempo.

Si desdobláramos mentalmente
la biblioteca replicada en todas nuestras células,
aunque arranquemos desesperadamente tal o cuales páginas
o tachemos una u otra frase o vocablo,
no conseguiremos nunca poder decir: a esto,
a esto me refiero cuando digo "yo" y no a lo demás!

Yo
es la fe ciega de quien teme dudar.

Yo
es el regalo tramposo del subyugar.

Yo es confundir cuerpo y persona.

Yo es la patraña de que decido por mí mismo,
que cabilo libremente,
que soy un individuo completo y suficiente;
sujeto de juicio,
sujeto a juicio.

Yo es agarrar el aire con la mano.

Yo es la imposibilidad de amar.



EL PATATAL
a Germi

“Equilibrar lo que creo y siento, con lo que digo y hago!!”
-grita Saraha, con su reverberante sonrisa de montaña.

Confuso, yo me sigo preguntando
si buscar o no un nuevo maestro...
Es que hoy le dí la vuelta al jamón.
Pero, ¿cómo puedo progresar sólo?
Si yo me debo a los demás y viceversa...

Una tarde me encontré a Germi en las huertas,
con sus pantalones mediocaídos y su media melena,
meneando su remachada manguera de arriba abajo,
simulando que lloviera en los patatales.

“Por el medio,” -me dijo- “sin tocar las plantas,
para que las raíces sufran, busquen y se encuentren.
Sólo entre ellas riego la tierra
para que sepan que no estan solas”.

Sol cae al confín de la vista como ojal luminoso.
Me siento ya colmado, como el día.
Se diría que me he perdido -al fin- en el crepúsculo que baña
las calles carmesíes de Sesoliveres.



Impreso en Madrid, diciembre 2021.
Ilustraciones y edición / tinapaterson


Mikel URTASUN

Muchas gracias las que tú tienes